

# Un fantasma recorre el subte

CRÓNICA DE LA LUCHA DE LOS TRABAJADORES DE METROVÍAS



VIRGINIA BOUVET

SEGUNDA EDICIÓN

desde el subte  
**subte**  
EDITORIAL

CUERPO DE DELEGADOS DEL SUBTERRÁNEO







Un fantasma recorre el subte   
CRÓNICA DE LA LUCHA DE LOS TRABAJADORES DE METROVÍAS

---

Bouvet, María Virginia

Un fantasma recorre el subte : crónica de los trabajadores de Metrovías. - 1a ed. 1a reimp. - Buenos Aires : Desde el Subte, 2008.

128 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-23698-4-2

1. Historia del Sindicalismo. I. Título

CDD 331.881 098 2

---

© 2008 Virginia Bouvet

Foto de tapa:

*Durante el conflicto de abril del 2004, los trabajadores de la línea D realizan una asamblea en las vías.*

Edición y corrección:

*Alejandro Ulloa / Diego Arguindeguy*

Diseño de tapa e interior:

*María Isabel Barutti*

ISBN N° 978-987-23698-4-2

Permitida su reproducción indicando fuente.

# Un fantasma recorre el subte

CRÓNICA DE LA LUCHA DE LOS TRABAJADORES DE METROVÍAS

VIRGINIA BOUVET 


CUERPO DE DELEGADOS DEL SUBTERRÁNEO









*A Martín* 

*A la memoria de mi abuelo Leris Bouvet* 

*A todos aquellos que fueron sancionados, perseguidos,  
desaparecidos y muertos por defender sus derechos* 





---

(...) *El subte es como un viejo borracho sobre rieles. Primero anuncia su llegada con un silbido, un rasgueo típico, un aviso de su proximidad. Después, el par de luces de la cabina y el bamboleo de esa bestia antigua, que se mece aquí y allá, pero aún resiste.*

(...) *Estación Pasco. Nunca le gustaron ni esa ni la otra media estación, Alberti. Esas estaciones que son de un solo andén siempre la incomodaron. (...) Además sabe que entre esas dos estaciones siempre se corta la luz unos segundos.*

*El subte va más despacio que nunca.*

*La luz se apaga y entonces ella ve.*

*Su reacción es tan violenta que el sujeto que tiene cerca le pregunta si se siente bien.*

*—...y estaban sentados en el andén con los pies en el aire. Estaban muertos, estoy segura.*

*—A ver si entiendo: vos me decís que entre Pasco y Alberti viste una estación a medio terminar, con dos muertos, corrijo, dos obreros muertos mirándote...*

*“Lo cierto es que la excavación comenzó, pero, aunque el terreno no era muy firme y se desmoronaba, siguieron adelante. Uno de esos desprendimientos se llevó a los dos tanos. Entonces, trajeron un ingeniero de allá y armaron esas dos estaciones a medias para solucionar el problema. ¿Los nombres de los muertos? Mi madre cuando ya era muy vieja y con arteriosclerosis me contó la historia tantas veces que los nombres me los sé de memoria. Se llamaban Giuseppe y Leonardo.*

*De más está decir que no encontramos registros necrológicos de personas con esos nombres en las fechas de la construcción de la línea A. No resulta extraño. Teniendo en cuenta su carácter de inmigrantes, no es difícil pensar que nadie reclamaría nada o que no se hicieron muchos esfuerzos para asentar o aclarar el hecho.*

*Mientras tanto, si algunos de los lectores son creyentes, recen una plegaria por esas almas extraviadas; si no, sólo disfruten del viaje.*

*Buenos Aires es leyenda -  
Barrio Congreso / Barrantes-Coviello*



## Prólogo

por Beto Pianelli

En las historias que en este libro han de ser contadas, vive el recuerdo de sensaciones vividas con gran intensidad y pasión.

Es necesario establecer una distancia para razonar, pues la razón necesita que aquello que sucedió llegue a entenderse con el paso del tiempo. Hasta podríamos dudar de nuestros sentimientos y del criterio de verdad que nos guiaba, pero ¿quién puede decir que no fueron reales aquellas sensaciones?

“Necesario... como un grupo que toma la decisión de transformar la realidad el día que hay bronca y unos pocos compañeros se animan a hacer foco...”

Este es el sentimiento que recorría nuestras mentes en el 94. Tuvimos la suerte de esquivar los despidos, las sanciones y el desgarramiento del cuerpo social en nuestro lugar de trabajo. Cuando nos asentamos y devolvimos los golpes, ese enemigo poderoso que algún resignado llamó “Mike Tyson”, sintió el castigo. Fue la hora de que habláramos todos juntos.

Hoy podemos entender que en el 96/97 salía Cavallo del gobierno del Turco y la Fundación Mediterránea de Roggio perdía peso político. En La ciudad Autónoma del Pacto de Olivos, se disputaban los negocios el aburrido jefe de Gobierno De la Rúa con el mufa y divertido habitante de Anillaco. Entre las grietas de esa pelea coló con fuerza nuestro reclamo.

Con el gobierno agonizante de la Alianza del 2001, los trabajadores fortalecimos nuestro reclamo contra la polivalencia que nos sacaba los puestos de guarda y la flexibilización laboral de la Banelco en el Senado.

Después del 2001, hicimos de la crisis una oportunidad y conseguimos unirnos aún más en la pelea por la insalubridad, las seis horas y contra la precarización laboral en el subte, incorporando a los tercerizados al convenio.

Esa distancia permite entender la contradicción de que el MTA, liderado por Palacios y Moyano, resistiera al gobierno del riojano, pero, en el subte, la UTA cerrara filas con la patronal a la manera de los Gordos menemistas.

De igual manera estas verdades se subordinan a una verdad mayor:

Un grupo humano que en medio de las disidencias circunstanciales o estratégicas, logró un acuerdo superior: basados en un justo odio de clase a una patronal parasitaria y negrera esperanzada en los subsidios y la aceptación de las injusticias, ese núcleo supo trabajar espalda con espalda buscando comprender las diferencias para lograr el bien común del colectivo laboral. Esa férrea unidad se vislumbraba en la maraña de discusiones, incomprensibles muchas. Era la búsqueda de la verdad para poder ganar. Veíamos a la UTA y la empresa juntos, muy juntos, en la vereda opuesta. Y teníamos razón: son socios directos.

Esa sociedad es más fácil verla hoy a la luz del vergonzoso reparto de subsidios y puestos de trabajo. En otro momento no tan lejano, recordamos el accionar común para imponernos la polivalencia y la flexibilización, más la amenaza de la desocupación, los aprietes y despidos consentidos, usando la amenaza del hambre, que metía miedo en aquel entonces.

Contra ellos hemos optado por un sindicalismo clasista, una defensa incondicional de los intereses colectivos e individuales de la clase obrera (la clase antagónica en sus intereses a la patronal), y una organización independiente de todos los partidos, del poder político y del Estado.

Lo escribió Virginia pero es la historia de nuestros mejores quince años de vida consciente, la de todos los empleados del subte, que dejamos de ser los “colaboradores de la empresa” para recuperar nuestra identidad de trabajadores dignos, desdibujada entonces por el neoliberalismo privatizante.

No es posible leer con objetividad este libro. Virginia ha sido y es parte integrante de aquel y de este grupo, como delegada de base, como activista, como redactora de los comunicados del Cuerpo de delegados y de todo tipo de materiales. El Tano Pisani diría: es la mejor militante del Subte. Y este libro es una prueba de eso.





***Somos la vidriera  
de los trabajadores.***

Sergio Chiappe

Trabajador y delegado del Subte





## UNO

### SÍ

Había una vez un Subte que era del Estado, estábamos en el año 93, en la Argentina.

Todo sucedía en un país, en una década y con un gobierno neoliberal.

Algo malo iba a venir: en los últimos meses del año se preparaba la privatización del subterráneo.

El 3 de enero de 1994 hizo mucho calor y en Buenos Aires, lo que mata es la humedad.

Ese día, el Subte amaneció distinto. Se notaba en el tamaño del *cospel* que ahora era más grande, en los colores, en las paredes y es verdad que todo parecía nuevo. Ahora todo decía *Metrovías*, empezaba la era privada.

Comienza la concesión, el subterráneo es operado por la empresa Metrovías S.A. Como toda privatización, fue un negocio para pocos.

Vamos a contar después un poco de esto, pero antes es preciso saber que hubo trampa. Que el gobierno de Carlos Menem no sólo privatizó las empresas de servicios más valiosas para la población, además, se las adjudicó a quien quiso.

Un año antes hubo pliegos y licitación. El transporte subterráneo quedaba en manos del que pedía menos plata al Estado en

concepto de subsidio. Así como suena: no se vende ni se alquila, se subsidia. El Estado no gana, pierde.

El ganador, una empresa formada mayoritariamente entre los grupos Benito Roggio e Hijos y Cometrans, al parecer, no debía ganar, porque propuso una cifra pero sin sumar el IVA. Así parecía que pedía menos que sus competidores, un grupo chileno... en fin.

Como decía, la privatización fue un negocio para pocos, que perjudicó de entrada a los trabajadores: de los 3643 empleados estatales del subterráneo, sólo 1100 fueron contratados por la nueva empresa. Por cuenta del Estado corrieron las indemnizaciones del resto, muchos de los cuales fueron presionados a aceptar ese *retiro voluntario*.

Por otro lado, se incorporó a empleados nuevos y, así, el plantel inicial fue de 2200 trabajadores, de ellos 1600 que pertenecían al mismo convenio.

Pero las condiciones de trabajo no serían las mismas. Con la privatización quedó sin efecto el Convenio Colectivo que regía desde 1975. De la jornada de seis horas diarias por insalubridad, se pasó a trabajar ocho y se bajaron los salarios en Metrovías.

Y hubo más: sectores enteros de trabajo, como la limpieza y el control de evasión, fueron contratados a través de "terceros". Una modalidad en auge de la época, que permitía la subcontratación de empleados a través de otra empresa; por ejemplo, Metropolitana para seguridad, Fiel para el control de la evasión, Taym para la limpieza, siempre por menos plata y en peores condiciones que el personal de Metrovías. Unos quinientos compañeros se encontraban en esta situación.

La privatización del Subte se dio después de otras más célebres como la de los ferrocarriles, en el año 92: los trabajadores intentaron resistir con cuarenta días de huelga pero fueron derrotados.

Hasta acá se habían entregado a manos privadas los teléfonos, el gas, el petróleo, la aerolínea, los puertos, la televisión y una lista larga de etcéteras. Para hacerlo, el gobierno había instalado en la población la idea de achicar el Estado para hacer grande la nación, por eso el Estado no tenía que ser dueño de nada.

Pero volvamos al Subte privado: Luis Lentini es uno de los cuadros jerárquicos de la antigua Subterráneos de Buenos Aires que Metrovías incorporó en aquel momento. Lo echaron unos años después, cuando era gerente, durante un conflicto gremial que veremos más adelante. Lentini recuerda haber pensado “que íbamos a estar mejor... de haber trabajado siempre en una empresa estatal, yo me imaginé que las empresas privadas eran otra cosa completamente diferente. En los primeros años se hacía el mantenimiento... Mientras que en Bélgica se cambiaban los *boguis*<sup>1</sup> a los doscientos mil kilómetros de uso, acá llegamos a tener funcionando un bogui con un millón de kilómetros y recién lo cambiaron cuando se partió el eje. En un momento determinado, se compró un detector de fisuras y lo pusieron a probar en los coches... sonaba tanto, que lo tuvieron que guardar: estaban todos los coches destruidos. Nosotros decíamos que Dios trabaja en el subterráneo, porque a veces pasa cada cosa.”

<sup>1</sup> Conjunto electromecánico de tracción de los trenes, ubicado debajo del piso del coche, contiene los motores, las ruedas y sus respectivos frenos.

Las cosas no cambiaron mucho hasta 1996, cuando asumió el primer gobierno elegido por votación en la Ciudad de Buenos Aires, ahora autónoma, en cuya jurisdicción quedó el Subte. El nuevo intendente, el radical Fernando de la Rúa, tenía muy buenas relaciones con el Grupo Roggio.

Durante esos primeros años en Metrovías, lo que más se escuchaba era decir que sí. Dominaba el sí a la empresa. Se aceptaba como algo natural que no hubiera agua potable en toda la red de Subte y que en el sector de boletería estuviera prohibido tomar un té o una gaseosa durante la jornada de ocho horas. Era normal que te amenazaran con despedirte si no estabas conforme, era normal que efectivamente te echaran. Y el maltrato era peor en los sectores donde estaban *los nuevos*, como la boletería: ahí era normal que no te mandaran relevo para ir al baño y que el supervisor te gritara y te hiciera llorar.

Era lógico lo que pasaba en esos sectores, los más explotados: cada vez había más compañeros que no estaban conformes y cada vez eran más *los activistas* gremiales.

## El gremio

El sindicato que representa a los trabajadores subterráneos es la Unión Tranviarios Automotor, UTA. Esto no quiere decir que lo haga bien. De hecho, los “representantes” de UTA se iban a convertir con los años en un grupo de gente violenta, que le pega a sus compañeros de trabajo, pero esto lo vamos a ver más adelante.

La UTA no puso resistencia a la privatización. Incluso hay empleados que la señalan por haber presionado a compañeros para que aceptaran el retiro voluntario.

“No se puede hacer nada” era un clásico en estos años dominados por la gente del gremio. Y eso le permitía a la empresa exigir cada vez más a sus empleados.

Pero algo se podía; de hecho, algo se estaba haciendo *por abajo*.

### La primera movilización

Para fines del año 96, había un importante grado de organización sindical de base en el sector de Boletería.

A tono con las malas condiciones de trabajo, surgieron agrupaciones clandestinas de empleados, que crecían, como el número de boleteros que se reunía para discutir cuestiones gremiales, que aprovechaban los eventos sociales, como los cumpleaños y las salidas a comer, para juntarse y hablar de trabajo.

Los compañeros participaban más en las reuniones y asambleas que convocaban los delegados, a pesar de que había delegados boleteros sólo en dos de las cinco líneas del Subte.

Justamente, la necesidad de contar con más representantes gremiales en esos sectores estaba muy presente, porque en septiembre iba a haber elecciones de delegados y nos preparábamos para armar las listas de candidatos.

En eso, la empresa despidió “sin causa” a dos boleteros que no fueron elegidos al azar.

Los telegramas de despido de Stella Greppi, de la Línea A y del “Gallego” Díaz Salazar, de la C, se enviaron el mismo día y por la misma razón: estos compañeros se venían perfilando como candidatos para delegados en sus sectores.

Y entonces se empezó a escuchar la palabra *parar*. Siguieron unos días de mucho debate, ese clima que se da entre gente que opina que algo hay que hacer. Tuvo la particularidad de romper con la división por sector de pertenencia, porque los despidos no sólo preocupaban en las líneas A y C, la bronca se había repartido por las boleterías de toda la red. Y tan fuerte, que el tema llegó a los plenarios de delegados, donde se propuso una movilización a la sede de Metrovías, en la calle Bartolomé Mitre.

La consigna era la reincorporación de los dos compañeros y hacia allá marchamos más de cien. Pero la empresa no retrocedió y se apagó el reclamo después de esa movilización.

Una medida de fuerza tibia, tal vez, pero medida al fin. Por fin nos animamos a reclamar.

Al mes, hubo elecciones y replacé a Stella en la lista; fui delegada a partir de septiembre del 96.

### **La asamblea de Castro Barros**

Dos meses después, hicimos la primera asamblea general de boleteros de todas las Líneas, como respuesta a la decisión de Metrovías de imponer traslados de personal.

Por esa época, trabajaban en el área Comercial unos quinientos boleteros, repartidos en las cinco líneas del Subte. Por usos y



costumbres, cada uno pertenecía a una línea determinada que, en general, era la que estaba más cerca de su casa. Era su línea de pertenencia y en lo referido al gremio, estaba incluido en un determinado padrón electoral, que elegía a sus delegados.

En noviembre del 96, la empresa decide alterar esto, imponiendo traslados compulsivos de boleteros entre las distintas líneas. Sin más explicaciones, se notificó a unos cinco o seis compañeros de cada línea que debían presentarse a tomar servicio en otra, a partir de la semana siguiente.

Cómo no protestar, si un boletero que vivía en la zona sur y trabajaba en Constitución de la C, ahora tenía que tomar servicio en Palermo de la Línea D; era más tiempo de viaje y más plata en colectivos. Y en lo afectivo, se perdía el contacto diario con los compañeros de siempre y uno tenía que integrarse a un grupo nuevo.

Pero estos cambios no sólo preocupaban a los perjudicados; se percibía la amenaza de rotaciones masivas de boleteros. Lo que hoy les pasaba a algunos, podía en el futuro pasarles a los demás.

La rotación de línea era arbitraria, no había ninguna necesidad operativa que justificara cambiar un boletero por otro. La sospecha de que la empresa intentaba debilitar los lazos entre nosotros, para evitar los intentos de organización gremial, estaba muy presente entre los boleteros.

Se comentaba mucho sobre el tema y tanto preocupaba, que se empezó a hablar de juntarnos, de hacer algo.

El resultado fue una asamblea auto convocada de boleterías en la biblioteca gremial de la estación Castro Barros, donde participaron alrededor de ciento cincuenta compañeros.

Y así fue que, una semana antes de las rotaciones, resolvimos hacer una campaña al pasajero, denunciando las malas condiciones de trabajo en el Subte privatizado. Golpear ahí donde duele, en esa imagen tan trabajada de empresa exitosa.

Juntamos plata entre los presentes para imprimir autoadhesivos con pequeños textos. Esa noche un grupo de boleteros se encargó de redactarlos.

Al día siguiente se imprimieron ocho mil *stickers*, que se pegarían en el interior de los trenes de las cinco líneas. Varios delegados y muchos compañeros de base se ocuparon de hacerlo, aun a riesgo de ser vistos por supervisores y jefes.

“Basta de condiciones carcelarias” decía uno de ellos firmado por “Truchivías, sigue avanzando sobre los trabajadores.”

Fueron días de mucha actividad: teníamos que reponer los carteles casi todos los días porque la empresa los hacía arrancar por los supervisores de seguridad. Pero no daban abasto, porque había mas trabajadores poniendo *stickers* que alcahuetes despegando. Es más, durante los días que duró la campaña, el aparato interno de seguridad se dedicó *full time* a esta tarea.

La pegatina duró una semana. No alcanzó para frenar las rotaciones en aquel momento, pero sirvió para canalizar la bronca.

Hasta acá, los despidos eran moneda corriente. La empresa te echaba por causas insólitas, como ir al baño sin permiso... Pero la mayoría de los despidos eran sin causa, por reestructuración. No era raro llegar a trabajar y enterarte de que no podías tomar servicio.

Tampoco que llegaran seis o siete telegramas juntos cada fin de mes... A fin de año, cerca de las fiestas, eran el doble o más,

como en diciembre del 96, cuando despidieron a veintiocho compañeros del Taller Miserere.

En esa época la desocupación crecía y no era fácil encontrar un nuevo trabajo. El miedo al despido era la sensación más común en el Subte.

Esto está a punto de cambiar, lo mejor está por venir.



***Nosotros paramos las  
cuarenta manzanas  
más poderosas del país.***

Julio Silva Sosa

Señalero y delegado del Subte





DOS

No

El 19 de febrero de 1997 había bronca en la Línea E. La empresa había echado a Contreras, un conductor que chocó un tren mientras hacía una *maniobra*, una tarea que no le correspondía pero que un jefe le había pedido “de onda”. Un favor que, esta vez, terminaba en accidente y en despido. La bola de que los delegados del sector querían parar corría por el túnel.

Estábamos en la casa de Beto y teníamos un trato: cuando uno cumplía años, el otro le regalaba el desayuno. El 20 de febrero del 97, él cumplía treinta y uno. Como entraba a trabajar a las 4:15 yo no dormí para despertarlo a las 3. Mientras tomábamos café con leche, me contó lo del despido y que Gauto, uno de los delegados, quería hacer *paro*. “¿Por qué no vas a dar una mano?...”

Vivíamos a diez cuadras de la Línea E y ya que estaba levantada, fui. En el colectivo me encontré a Bertonasco, un conductor que me dijo que estaba todo mal, que la gente quería hacer algo para reincorporar al pibe.

Llegamos a la Estación Varela, que era el lugar de ingreso del personal del tren. En el cuarto de descanso éramos alrededor de ocho compañeros. Estaban Gauto y De Leo, dos delegados, que habían charlado lo del *paro* con el gremio y ya no estaban tan seguros. La noche anterior, la UTA les había prometido una reunión con la empresa para las 9:30 de la mañana... Que tenemos

que esperar, que si la UTA no lo reincorpora paramos todo a las 10, que salgamos a laburar, decían ahora.

Todos salieron al andén. En el cuarto sólo quedamos Bertonasco y yo. Vine hasta acá a las cuatro de la mañana, pensé. Yo lo digo.

-No va a haber reunión, Bertonasco. Tenemos que parar ahora que estamos todos juntos, a las 10 va a ser más difícil.

-Ya sé. ¿Por qué no les decís?

-Si están todos afuera, quieren esperar...

Entonces Bertonasco les dijo, a los gritos, que entren, que la chica tiene algo para decirles.

A esa hora ya éramos como diez, había tres delegados. Hicimos la segunda asamblea.

-Tenemos que parar ahora, si no, no va a haber reunión. Y que la UTA se siente a negociar con los *carritos* parados, para meter presión. Guillermo, vos esto lo sabes: ¿Cuántas reuniones hubo entre el gremio y la empresa y no pasó nada?

Y Gauto decía que sí y movía la cabeza diciendo que sí, sí...

-Nos tenemos que quedar acá -dije.

Ahora todas las cabezas afirmaban pero ninguna como la de Guillermo Gauto, porque nadie iba a venir a su sector a ser más guapo que él. Nos quedamos.

Eran las 5:15 de la mañana del 20 de febrero del 97. Empezaba el primer paro a Metrovías.



## El paro

Supe que ganábamos cuando llegué a Varela, a la madrugada, y un guarda, “La Morsa” Benítez, hablaba del despido; le decía “Contreritas”. Lo aprecian, pensé, ya está.

Con el tiempo me iba a reír de mi pálpito, cuando me dijeron que Contreras era petiso y por eso era el diminutivo. Igual, al pibe lo querían y, encima, el despido era injusto, porque no era su trabajo hacer *maniobras*, se tenía que hacer responsable el supervisor.

En el relato, tal vez, parece que la huelga de Varela fue fácil, pero no. Las medidas de fuerza en el lugar de trabajo son excepcionales y el *paro*, en particular, es algo muy serio.

Es algo difícil... como soportar tres años de empresa privada, de los Señores cómplices del gremio, de las malas condiciones de trabajo.

Es lento... como los 1146 días de trabajo en ese régimen carcelario, como la incipiente organización *por abajo* que provoca, sobre todo, en el sector más explotado: entre los boleteros nuevos.

Y necesario... como un grupo que toma la decisión de transformar la realidad el día que hay bronca y unos pocos compañeros se animan a hacer *foco* con el paro de Varela.

Al final se ganó, pero hay que decir que empezamos sin saber, sin garantías. A final abierto, como todo conflicto gremial.

Recién empezaba y a pesar de que ninguno de los que estábamos ahí había hecho nunca algo parecido, había calma. No eran las palabras; era ese clima en el que estábamos: las ganas de

parar se huelen. Era algo más que la simple confianza, era saber que estábamos jugados pero, por sobre todas las cosas, que teníamos razón y estábamos unidos.

Alrededor de las 5:30, entra al cuarto un tipo bajito, con bigotes de tano, que después alguien me dijo que era Lentini, el gerente.

Entra y el silencio parece eterno. Comenzó a explicarnos de la necesidad de salir a trabajar, de la locura que estábamos haciendo, “que va a haber sanciones, que en vez de un despedido va a haber diez.”

Nadie hablaba y tuve miedo de que los convenciera. Entonces hablé y lo interrumpí para decirle que la gente ya decidió qué hacer y que acá nadie va a trabajar. Mirándome fijo me dijo: “Claro, total a vos no te van a hacer nada porque sos delegada...” Y siguió con su discurso sordo, hasta que alguien vino a buscarlo para avisarle que los supervisores también se negaban a trabajar, algo que nunca confirmamos, pero que en ese momento nos fortalecía.

Había que verle la cara a ese hombre... que se fue más preocupado de lo que vino.

Ya eran casi las 6 y estábamos muy firmes. Un compañero, de repente, reacciona: “¡La planilla!” Es que en esa época, en Tráfico, se firmaba una planilla de servicio en la cabina de los supervisores, al ingreso y a la salida; entonces, el compañero preguntó qué hacíamos con la planilla... y empezaron todos a hablar de la firma y se generó una situación de desconcierto. Yo no entendía nada. La escena era surrealista... estábamos todos amotinados, le estábamos haciendo el primer paro a la empresa, ¿qué importancia podía tener una planilla? Pero era evidente que para ellos la tenía. Entonces pregunté

si alguien había firmado el ingreso y todos dijeron que no, por lo que decidimos que nadie firmaba y que íbamos a avisarles a los que llegaban para que hicieran lo mismo... para hacer todos lo mismo. Recién ahí volvió la calma. Porque en momentos así, actuar como si todos fuéramos uno hace que nadie se exponga más que otros. Y, claro, una cosa es que te echen "sin causa" por hacer huelga y otra muy distinta es que el despido sea "con causa" por no cumplir con la firma de la planilla.

Ahora había que extender el conflicto a los otros sectores, porque era la manera que veíamos de garantizarlo: extenderlo para que no se caiga. Porque el Subte todavía funcionaba con normalidad en las demás líneas y en los talleres.

El teléfono interno fue de gran ayuda. El mismo aparato que la empresa usaba para controlarnos y "espíar" nuestras conversaciones, ahora servía para avisar del conflicto en otros sectores. Rápidamente armamos una red de compañeros que se encargaron de contarles a los demás lo que estábamos haciendo en Varela. En el Taller Miserere, un compañero se ocupó de llamar a la casa de los delegados; eran casi las seis y la mayoría dormía.

### **Guillermo "el Loco" Gauto**

Lo peor que le puede pasar a un tipo al que le gusta ir al frente, es deberle obediencia a un padrastro como Guarachi, esposo de su mamá que, por aquel entonces, manejaba la Subsecretaría del Subte en el Consejo Directivo Nacional de UTA.

Guillermo era un tipo alocado, un sindicalista orgánico, un muchacho peronista. Y si algún impulso lo hacía irse de boca, ahí estaba Guarachi para ponerlo a raya.

Pero esa madrugada, él estaba huérfano y se dejó llevar por la acción. Y esos tres delegados se cargaron sobre la espalda la primera huelga contra una empresa privatizada en la década menemista.

### Cambiar la historia

A las ocho de la mañana, Virginia fue para la Línea A, para tratar de que se sumara a la medida. La votación era treinta a tres a favor de parar. Pero Calvo, el delegado del sector, no la veía, decía que era una locura. Hablaba de esperar para ver qué opinaban los compañeros del turno tarde.

Esperar... la excusa y el disfraz de las palabras: porque al miedo que tenía, le llamaba sensatez; porque evitaba decir que no quería apoyar, llamándole responsabilidad.

Ahora que las papas queman en Varela, toma posición un hombre distinto. Con más de diez años de servicio y seis de delegado, viniendo del subterráneo estatal, una huelga en el Subte no era ninguna novedad para Néstor Calvo; la diferencia es cierto escepticismo que ahora lo frena... Duda, desconfía y de algún modo empieza a traicionar, aunque sea por un rato, aunque sea sin querer.

A las 8:30 la jefatura quiso mover los trenes de la Línea E y los huelguistas bajaron a las vías, para evitar que la formación saliera manejada por personal jerárquico y así garantizar el paro.

La primera línea que se sumo fue la B, a las 9 y un rato más tarde, la D. La Línea A dejó de funcionar a las 11 y la C adhirió después del mediodía.

A la tarde se reunieron la UTA y la empresa en el Ministerio de Trabajo y se dictó la conciliación obligatoria, que implicaba volver la situación al momento anterior al conflicto. El servicio se reanudó al día siguiente, el telegrama de despido quedaba en suspenso.

El triunfo se respiraba en el aire. Metrovías accedió a reincorporar definitivamente al conductor diez días después, en la última audiencia de conciliación. Entonces Contreritas volvió a firmar su ingreso en la famosa planilla. Después llegaron las notificaciones de la causa penal por el corte de vías en la Línea E. Se acusaba de obstrucción de un servicio público a “Bertonasco y otros”.

Diez años después, el ex gerente Lentini recuerda que “ahí es donde empezó a cambiar la historia... ahí empezó a cambiar la historia. Ahí había chocado Contreras. Era una buena persona, un buen conductor. Y nosotros le dijimos al gerente: ‘Mirá, el tipo cometió un error, hay que darle veinte días de suspensión, quince días.’ Y al poco tiempo nos dice: ‘No, hay que echarlo.’ Y yo le dije que íbamos a tener problemas porque es un tipo que tiene buen consenso y desde el momento de que es una buena persona y es cumplidor... Y, por supuesto, no me hicieron caso, se lo despidió e hicieron el paro. Y cuando yo estaba hablando con los delegados, convenciénolos, no para que trabajen pero sí para que habiliten... yo dándoles la posibilidad de que vayan a hablar con la empresa, viene la gente de Relaciones Laborales con la directiva de que... y con una escribana... Al rato tenías las

cinco líneas paradas. Lo que pasa es que cuando vos cometés una injusticia, por más vueltas que le des... el hombre, el error lo había tenido y alguna sanción le correspondía, pero de ahí a echar a una persona que tiene buena conducta y de golpe y porrazo comete un error... cualquiera puede tener un mal día. En ese momento es donde la empresa aplica todo ese sistema de andar con escribano en vez de ir al diálogo y ahí es donde se empieza a romper lo que se llama la paz social, viste. A partir de ese momento empezaron los problemas, los peores problemas...”

### La gente se cansa

El paro de febrero había sorprendido a todos. Hubo tres meses de calma donde la empresa no despidió a nadie, y era todo un récord.

La tregua duró poco, porque a fines de mayo Metrovías le mandó el telegrama de despido a Silvia Segovia, una boletera de la Línea A. Se la despedía con “justa causa” alegando un faltante de caja de \$5 y un día de enfermedad no justificado por la empresa. Para muchos compañeros del sector era una barbaridad. Había bronca. Y llega un momento en que la gente se cansa de los abusos y protesta.

El triunfo en el conflicto de febrero había roto con la pasividad de muchos. Como yo era la delegada del sector, recorrí las boleterías proponiendo *parar* para reincorporar a Silvia. Llevé a la despedida a Tráfico, el sector más conservador, para contar la situación; se armaron reuniones de boleteros para organizar la medida de fuerza.

Se iba instalando la idea del *paro*; pero el mayor obstáculo que teníamos era la resistencia que ponía Néstor Calvo, el delegado con mayor peso en la Línea y en el Cuerpo de Delegados.

Yo militaba en El Túnel, una agrupación sindical clandestina que tenía un programa de acción y uno de los puntos era *No a los despidos*. Por eso fui a Varela en febrero y planteé lo del paro y ahora era igual. Encima, yo sentía que la empresa, al despedir a una compañera de mi sector, me estaba cobrando lo del paro de febrero... Con Silvia tuvimos cinco días a full, recorriendo la Línea, hablando con todos; además de cumplir con los pasos formales de ir al gremio y contestar el telegrama.

Fuimos a una asamblea al tren y habíamos arreglado que ella viniera con su hijo de tres años, para despertar la sensibilidad de los compañeros y la verdad es que salió mejor de lo planeado... Silvia tenía el pelo largo, azabache y muy lacio, usaba dos mechones teñidos de amarillo, uno a cada lado de la cara... La veo llegar al cuarto de Tráfico con el nene de la mano y estaban para la foto: el nene tenía el pelo lacio, oscuro y casi tan largo como ella y, por supuesto, dos mechones teñidos también de amarillo... Verlos juntos era un flash, algo muy fuerte.

### A la hora señalada

Se fue creando el clima, algunos delegados empezaban a apoyar. El mayor problema era que Calvo no la veía... que es una locura, que los conductores del turno mañana están muy duros, que ganan bien y no van a arriesgar sus privilegios por una boletería, que los soldados no están para la guerra, que la empresa es Mike Tyson, bla, bla...

Entonces, nos desafiaba a que primero parásemos las boleterías para forzar al tren a sumarse a la medida de fuerza, algo que se suponía imposible. Para colmo, en Tráfico, la palabra de Calvo era sagrada. Algunos se justificaban diciendo que la despedida era una antipática, que nunca saludaba.

Pero se iban sumando voces y fuerzas.

El delegado Carrizo, de Instalaciones Fijas, quería parar porque veía que nos iba a fortalecer y entonces la empresa iba a frenar la ofensiva de tercerizar su sector, los talleres. Que, por esta época, la empresa intentara avanzar en tantos sectores a la vez, nos ayudó a lograr la unidad.

Los delegados de la B, con Leo Sister a la cabeza, ofrecían parar las boleterías de su Línea en simultáneo con las de la A. Lo mismo planteaban en los Talleres; Charly Pérez y el cordobés Trejo se sumaban. Con Gauto acordamos que él paraba la Línea E ni bien pararan los trenes de la A.

Hubo dos personas que fueron claves para mí. Daniela Acosta tuvo un papel fundamental entre los boleteros; era una agitadora nata, un personaje. Con ella nos sentábamos a diario a planear cada paso... Durante toda esa semana me decía "hay que parar mañana, no esperemos más, si no, se enfría..." y yo la frenaba, porque necesitábamos más días para organizar. Llegaba a casa a la noche y me llamaba por teléfono el "Chato" Baigorria, mi compañero de agrupación, el que insistió para que Silvia recorriera la Línea con sus hijos... puro aliento: "Dale para adelante, madre".

Hasta que dimos en la tecla: si el tren estaba flojo a la mañana y la despedida era del turno tarde, no había que repetir la táctica de febrero. Había que actuar en el horario donde teníamos



más compañeros dispuestos. Se lo comento a Daniela, hacemos números... había que parar a las doce.

El paro al mediodía se aprobó el día anterior en una asamblea de doce boleteros y cinco delegados.

El 28 de mayo de 1997, a las doce del mediodía, los trabajadores de Metrovías paramos por segunda vez en contra de un despido.

Fue un día agitado. En esa época, la jefatura de Boleterías estaba centralizada y Carlos Navarro era el jefe "supremo" de las cinco líneas.

El mismo señor que había tomado la decisión de despedir a la boletera tuvo que madrugar ese miércoles... Todavía no lo sabe pero, en pocos minutos, va a ver naufragar su última carta para evitar el conflicto: a las 6 de la mañana llamó al delegado Carrizo para hacerle una propuesta: la empresa estaba dispuesta a cambiar el despido "con causa" por uno "sin causa" y le pagaban a Silvia el 100% de indemnización.

Carrizo llamó a la delegada del sector, que le consulta a Silvia por teléfono y a las 6:10 la oferta se rechazó.

El paro fue masivo y la reincorporación inmediata. A las tres de la tarde ya se habían firmado las actas en el Ministerio. Silvia volvió a trabajar al otro día. Fue un golpe durísimo para la empresa.

"Un paro a la vieja usanza de los años 70", tituló el diario *Ámbito Financiero* al día siguiente, un 29 de mayo en que se cumplían veintiocho años del Cordobazo.

## Virginia

Cuando era chica, además de querer ser grande, soñaba con ser escritora y delegada de la UTA, como su abuelo colectivero.

Si el sentido de la vida fuera no traicionar a ese niño o niña que llevamos adentro, entonces Virginia es una mina leal.

Tuvo suerte. Un tío la hizo entrar a Metrovías en el 93, unos días antes de la privatización, y ella tardó como un año en enterarse de que la UTA era su gremio.

Ella sentía que el mundo estaba mal repartido y algo había que hacer, todo era posible.

Cuando Claudia la llamó por teléfono para proponerle ser candidata a delegada, no se hizo rogar mucho. Admiraba a uno de los delegados de su Línea y le ofrecían ir en esa lista, con Néstor Calvo.

Con 21 años fue la delegada más joven en la historia de su gremio.

A los 22, impulsó los dos primeros conflictos en un Subte que parecía estar dormido.

## La reestructuración

En los meses que siguieron hubo grandes cambios en Metrovías. Se reestructuró por completo la jefatura de Boleterías: se incorporaron más supervisores y se descentralizó la jefatura, instalando un jefe de Boleterías en cada Línea. Fue una manera elegante de desplazar a Navarro quien, desde entonces, pasó a ser jefe de Boleterías de la Línea E, la de menor venta.

La gerencia de Recursos Humanos se volvió más activa. El coordinador laboral, Marcelo Graciano, fue tomando un rol cada vez más dinámico, acercándose a los delegados, interviniendo en los reclamos.

Los supervisores y jefes de todos los sectores ahora se mostraban más dispuestos a resolver problemas que a generarlos. Era la empresa que acusaba el golpe y se daba cuenta de que debía cambiar su política negrera porque ya no era efectiva.

Los trabajadores tampoco eran los mismos; en general, se habían vuelto más exigentes. Se discutían abiertamente las condiciones de trabajo, salían a la luz reclamos muy básicos como pedir más tiempo de descanso y otros problemas que, en los años anteriores, se soportaban sin chistar, como algo natural.

La huelga es la forma por excelencia de decirle NO al patrón, porque al desobedecer en forma grupal nadie queda escrachado. O mejor dicho, nadie se expone más que otros: nos exponemos todos a la vez y a la empresa se le hace difícil tomar represalias individuales.

Que la unidad hace la fuerza es algo que se dice mucho y que, seguramente, todos escuchamos alguna vez. Pero la frase viene sin recetas y es difícil saber cómo y cuándo.

Es probable que una verdad tan elemental recién se comprenda cuando se logra llevarla a la práctica. Cuando se da ese clima de confianza entre pares que hace que cada uno sepa que no está solo, que no va a ser el único en rebelarse. Y el miedo a perder el trabajo, que es el padre de los miedos, se va o queda en segundo plano, porque en primer lugar está la justicia del reclamo colectivo.

El Subte estaba cambiando, los trabajadores estábamos aprendiendo a decir NO. Y a los pocos días de la huelga de mayo, junté firmas en un petitorio solicitando que se instalen dispensadores de agua en las boleterías, porque el agua de las instalaciones no era potable. Firmaron ochenta boleteros de los ciento uno que trabajaban en la Línea. Dos semanas después, Metrovías colocaba el primer *dispenser* en la boletería de Primera Junta y, en menos de un mes, se fueron colocando los bidones de agua en las boleterías de las cinco líneas, en los talleres y en los cuartos de Tráfico.

Las sillas de madera que usaban los boleteros, se cambiaron por sillas nuevas, acolchadas, giratorias; se instaló el sistema Valot y, por primera vez, tuvimos jabón y papel higiénico en los baños; la empresa se volvió más permisiva, más flexible. De hecho, en los días posteriores al paro, hubo compañeros que faltaron al trabajo y el supervisor ni siquiera les pidió explicaciones sobre la inasistencia.

¿Un grupo empresario que se había vuelto bueno de la noche a la mañana? No. Era una empresa desconcertada, que se estaba reorganizando y que no tardaría en volver a la ofensiva.

Para entonces, la clase media y un sector del empresariado nacional que habían apoyado al presidente Menem, comenzaban a tomar distancias del gobierno.

En 1997 se formó la “Alianza” opositora entre el radicalismo y el Frepaso, con vista a las elecciones presidenciales de 1999.

Los escándalos por corrupción empezaban a ganar espacio en los diarios y los noticieros de televisión, donde también empezaba a mostrarse la “preocupación” por el desempleo y la miseria creciente. Sectores de la dirigencia sindical, como la

CTA<sup>1</sup> y el Movimiento de Trabajadores Argentinos MTA<sup>2</sup> liderado por el camionero Hugo Moyano y Juan Manuel Palacios, de la UTA, convocaron a varios paros generales. Se podía escuchar cada vez más críticas al “modelo”, mientras crecía la bronca popular.

### Las agrupaciones

Ya en esta época podemos hablar de dos subtes: los compañeros más antiguos, que vivieron en carne propia la privatización, y los otros, que ingresaron con la empresa privada en el año 94, la mayoría, muy jóvenes y que no cargaban sobre sus espaldas con esa derrota.

Una nueva camada de activistas fue surgiendo al calor de las pésimas condiciones de trabajo de la época. No es casual que se expresara en los sectores más explotados, como las boleterías, donde estaban “los nuevos”.

Las persecuciones, con sanciones desmedidas y, sobre todo, el uso indiscriminado del despido para atemorizar, no evitaban

<sup>1</sup> La CTA surgió en 1992 como Congreso de los Trabajadores Argentinos, cuando dirigentes de estatales, docentes y otros gremios decidieron separarse de la CGT, que estaba totalmente alineada con el gobierno de Menem. En 1996 pasó a denominarse Central de los Trabajadores Argentinos y desde entonces exige su reconocimiento oficial como entidad sindical de tercer grado.

<sup>2</sup> El MTA se formó en 1994, por dirigentes de gremios que se separaron de la CGT, entre los que se destacaban Moyano, Palacios y Piumato (Judiciales). Tras un intento fallido de reunificación, adoptó el nombre de la CGT, conocida como “disidente” o “rebelde”, para diferenciarla de la “oficial” o “de los Gordos”. En 2004, ambos sectores de la dirigencia se reunificaron en la CGT, con una conducción encabezada por Hugo Moyano.

los intentos de organización por abajo; más bien, les imprimían un estilo.

Las agrupaciones sindicales que empezaron a gestarse en los años 95 y 96 fueron clandestinas por necesidad y no por gusto. Es que había que cuidarse de tentar a la empresa al despido, no había que regalarse.

Los paros por las reincorporaciones de compañeros en el año 97 empezaron a revertir la situación: a partir de ahí, la empresa ya no dispuso libremente de la herramienta del despido para disciplinar a sus empleados. Esta nueva situación permitió a los trabajadores organizarse mejor y animarse a ir por más.

### Los Topos

Era la expresión sindical del MAS<sup>3</sup>, o mejor dicho, de lo que quedaba del viejo partido trotskista luego de sus numerosas fracturas, cuando el Muro de Berlín se le cayó encima.

El MAS en esa época opinaba que era un momento de retroceso mundial del movimiento obrero; que no había que exponerse,

<sup>3</sup> El Movimiento al Socialismo (MAS) fue fundado a fines de 1982, como continuación del anterior Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y de la corriente trotskista orientada por Nahuel Moreno, originada en 1943. A partir de 1988 el MAS sufrió una serie de rupturas y fracturas, de las que surgieron una veintena de partidos y agrupaciones políticas, sindicales y sociales: Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS), Movimiento Socialista de los Trabajadores (PST), Liga Socialista Revolucionaria, Convergencia Socialista, entre otras. Una de ellas es "el nuevo MAS" que conserva el uso de esas siglas y publica el periódico *Socialismo o Barbarie*.

porque eran épocas de reflexión y de estudio para encarar la nueva etapa.

Néstor “los soldados no están para las guerra” Calvo, no formaba parte de la agrupación pero estaba estrechamente ligado a estos compañeros.

Sospechábamos que algunos delegados recibían plata y eso explicaba sus posiciones, pero no era lo que creíamos de Néstor Calvo. Y había mucho debate en torno de que era ser traidor a la clase... ¿Sólo es traidor el que se vende por plata?, quiero decir, *el que traiciona deliberadamente*... Es todo un tema.

Es impresionante el efecto que puede producir la derrota en algunos compañeros luchadores y en el Subte hubo una derrota llamada privatización... En mi opinión, Calvo la expresaba como nadie.

### Trabajadores de Metrovías

Era la agrupación que impulsaba el Partido Obrero<sup>4</sup> y tenía una visión distinta. La resistencia al modelo neoliberal y el reagrupamiento de fuerzas en un movimiento obrero desarticulado, eran sus líneas generales.

Charly Pérez es el delegado de Taller Rancagua que lleva adelante esa política. La agrupación no es muy numerosa, pero es

<sup>4</sup> El Partido Obrero (PO) es el nombre que adoptó en 1983 la antigua agrupación Política Obrera, fundada por Jorge Altamira en los años sesenta y que se proclamó trotskista en 1965. Su principal publicación es *Prensa Obrera*.

muy firme en sus posiciones. Resistir la tercerización lo desvela, porque es la manera en que la empresa flexibiliza el sector, robándoles puestos de trabajo.

### **El Túnel**

Era la expresión sindical que impulsaba un grupo de militantes trotskistas, que venían de romper con el MAS. Agrupaba a más de diez boleteros de distintas líneas.

El Túnel tenía un programa de acción de 8 puntos: No a los despidos; Mejores condiciones de trabajo; Por la jornada de 6 horas; No a las tercerizaciones; Estatización del Subterráneo; Aumento de salarios; Recuperar el sindicato y más...

Esta agrupación fue la que provocó un quiebre al impulsar los primeros paros en la empresa. Y fue semillero de futuros dirigentes, como Beto Pianelli.

### **Dos pasos adelante, dos pasos atrás**

Lo que vino después fue como rebotar. Los conflictos de febrero y mayo habían sido exitosos pero algo forzados. Por la metodología utilizada, que yo llamo "foquismo gremial", quedó al descubierto un grupo reducido de delegados y de activistas.

Sobre ellos se desató una persecución que incluyó amenazas telefónicas y presiones con el objetivo de aislarlos de sus compañeros.

Creíamos que el triunfo era eterno, pero la empresa se agrupaba y sumaba voluntades; incluso, algunos delegados.



Mientras, un puñado de activistas organizados dábamos los primeros pasos intentando articular el reclamo por la recuperación de la jornada histórica de 6 horas.<sup>5</sup>

Logramos que se debatiera: hubo una asamblea de cincuenta trabajadores, y una medida conjunta de protesta: durante dos días los compañeros de todos los sectores trabajaron usando barbijos. “El barbijazo” fue nuestra manera de hacer público el reclamo por la insalubridad del subterráneo.

Pero la UTA y la mayoría de los delegados lograron, en pocos meses, neutralizar el reclamo. Ellos decían que era imposible conseguir la jornada de seis horas, que era más fácil si pedíamos siete horas, ya que nos avalaba un decreto que regía desde el año 45. En verdad, ahí había gente que no quería pelear nada, y esa cuestión numérica servía para empantanar la discusión. Porque al no haber acuerdo, el reclamo se dividió y no pudimos avanzar.

<sup>5</sup> En 1945 el gobierno del general Farrell estableció la jornada de 7 horas para los trabajadores de los subterráneos y, al año siguiente, ya con Perón en la presidencia, se redujo en una hora más, por considerarse trabajo insalubre. Durante veinte años, en el Subte rigió la jornada de 6 horas; en 1966, la dictadura del general Onganía reimplantó una hora más. Con el gobierno peronista de Héctor Cámpora, se recuperó el decreto de 1946, que nuevamente fue derogado por la dictadura de Videla en 1976, por lo que se volvió a trabajar 7 horas diarias. Un paro de 48 horas en 1984 reconquistó la jornada de 6 horas, a través de una resolución de la empresa estatal Subterráneos de Buenos Aires Sociedad del Estado (SBASE). El Decreto 1515/93, dejó sin efecto el Convenio Colectivo de Trabajo al momento de la privatización y le permitió a Metrovías regirse por la ley de Contrato de Trabajo. Así, a partir de 1994 la jornada laboral en el Subte fue de ocho horas diarias, algo que no sucedía desde el año 45.

Pero la empresa sí. Un mes después del conflicto por la boletera, los delegados Calvo y Carrizo lograron, en secreto, convencer a la reincorporada Silvia de que presentara la renuncia llevándose el 160% de indemnización.

Años después, los dos lo iban a admitir; pero ahora que la renuncia era un escándalo, fingían la misma sorpresa, la misma indignación que los compañeros de Silvia, que se quejaban por haber arriesgado su trabajo en un paro: “¿Para qué?”, “¿Para que la boletera *arregle* y se vaya con plata?”

La renuncia de Silvia Segovia tuvo un efecto negativo sobre el conjunto. Las opiniones de los compañeros de la Línea A se dividieron y la gente de la E estaba preocupada por las causas penales que afrontaban por el primer conflicto.

Aún en ese clima, algo se podía hacer: a mediados de año, las mujeres, logramos ascender a puestos mejor pagos: un petitorio con mil firmas pidiendo igualdad de oportunidades permitió por primera vez a las compañeras acceder al puesto de guarda.

El despido siguiente, en noviembre, fue para la boletera Daniela Acosta, la activista de la Línea A. Fuimos pocos los que planteábamos pelear y no pudimos defenderla. Los compañeros la dejaron ir.

En los meses que siguieron, perdimos algunos boleteros que Metrovías despidió y que no pudimos defender.

Más adelante, la empresa profundizaría el espionaje interno, con soplones que cubrían tareas de “seguridad” y, llegaría al extremo de usar cámaras ocultas para filmar a boleteros *in fraganti*, cometiendo alguna falta al reglamento laboral. De esta forma, tenía con qué presionarlos para que presentaran la re-

nuncia, ofreciéndoles la plata que les correspondía como indemnización. Con algunos lo logró.

Iban a venir tres años complicados, de retroceso, para los trabajadores del Subte. Pero en la memoria subterránea, iba a quedar marcado 1997 como el año bisagra, porque empezamos a ganar la estabilidad laboral y a instalar la idea de recuperar la jornada de seis horas.

Cada dos años hay elecciones en el Subte. A partir del 98 hubo algunas modificaciones en la composición del Cuerpo de Delegados. De un total de veintiún delegados de base que había en esa época, contábamos con cuatro compañeros independientes de la empresa y de la burocracia del gremio, pero la dirigencia del sindicato aún mantenía su influencia sobre el resto.

En el recambio, se vio beneficiada la Línea D porque, en ese sector, los compañeros eligieron a dos delegados que respondían a la base.

### **El despido del Gallo**

El 8 de abril de 1999, hubo un accidente. Claudio Méndez, más conocido como "El Gallo", era conductor y ese día estaba haciendo un curso para aprender a manejar la flota de trenes marca Alston, que se habían sumado hacía poco a la Línea D. Salió de la estación Palermo, junto a un instructor. Iba manejando un coche con un dispositivo roto y chocó, justamente, porque ese aparato no funcionó.

Lentini era, entonces, el gerente de la Línea D y “como siempre daba la palabra, a los delegados les había dicho que no se iba a usar ese coche, hasta que en un determinado momento, me obligaron a sacarlo a la línea y lo primero que hice, fue avisarle a los delegados: ‘mirá, lo vamos a usar’. Todo el mundo sabía que en ese coche no funcionaba el dispositivo *para-tren*... pero no estaba escrito.”

Y aunque todo el mundo sabía, la empresa dispuso el despido del Gallo.

Pero como dije antes, la Línea D se había visto favorecida: uno de los delegados nuevos se empezaba a destacar: Marcelo Abraham, a quien llamábamos el “Turco” o el “Pelado”, era conductor. Según Néstor Etcheto, “al provenir del lugar que provenía y con el tipo de formación que tenía, hizo un esfuerzo enorme, que después lo terminó pagando, pero hizo un esfuerzo enorme por llegar a comprender un montón de cosas y se convirtió en un momento en un líder... El Turco, en todo caso, lo que redondeó es la posibilidad de construir en la cabeza de la gente cierta autonomía, una seguridad de hacer lo que uno pensaba, sentía y decidía en el momento; es decir, transformar esa mentalidad, que en algunos lugares queda de ‘¿Qué opina la UTA?’ o ‘¿Qué nos puede pasar?’, transformarla en una seguridad. La confianza que le transmitió a la gente, la seguridad de que si estamos unidos y tenemos los objetivos claros, si ejecutamos un plan previamente discutido, podemos ganar. Y no importa tanto el tamaño del enemigo, no importa tanto qué opina la burocracia. Hizo ese proceso de transición, de desprendimiento, que en algunos sectores tardó más y en otros, todavía no se dio.”

El Pelado Abraham fue clave en ese momento porque, dejando de lado las dudas iniciales, tomó la decisión y el 30 de abril de

1999, los trabajadores del Subte pararon por tercera vez, pidiendo la reincorporación de un compañero despedido.

Pero el conflicto se iba a complicar porque la respuesta de la empresa fue echar a doscientas personas por haber participado de la huelga.

Intervino el Ministerio de Trabajo y dictó la conciliación. En esas semanas, la empresa propuso un canje: reincorporaba a todos, pero El Gallo quedaba afuera... La mayoría de aquel Cuerpo de Delegados cerró filas tras esa propuesta y armó una votación, para que la gente dijera si estaba a favor o en contra.

Las urnas sellaron la mala suerte del Gallo.

“Con el paso del tiempo, puedo seguir siendo muy duro en términos políticos pero comprendo una serie de cosas: el momento histórico, la relación de fuerzas, la propia formación de alguno de aquellos delegados. Hay algunos que decididamente actuaron como canallas, eso lo tengo claro, sea en la época que sea. Pero me da la impresión que hubo otros compañeros que evaluaban de verdad, de verdad, que no había condiciones de defenderlo. A mí me parece que hubiera sido un punto de inflexión... Mientras que un grupo íbamos a las demás líneas para hablar de defender al despedido, la empresa militaba ensuciando al compañero: *es un desastre, chocó veinte mil veces, no trabaja nunca, le pega a los hijos, no sé...* inventaba toda una historia, cosa de que, claro, cuando vos ibas a esos lugares te decían: *pero si este tipo es impresentable, no se lo puede defender... yo no voy a arriesgar mi trabajo por semejante tipo.* Se hizo todo un trabajo: nosotros militábamos por un lado y la empresa por otro, el problema es que alguno de estos delegados bajaban con esta línea de la empresa.

Recuerdo que la definición del conflicto fue a través de una votación... una canallada completa, que es otra factura para pasarle a ese Cuerpo de Delegados: aceptar la definición de si un compañero se queda a través de una votación, que ni siquiera era una votación a mano alzada y explicando los porqué, sino que fue una votación en un cuarto oscuro y con urna... una vergüenza completa", dice Néstor Etcheto.

El Gallo Méndez quedó afuera por el voto mayoritario de sus compañeros.

Sigue Néstor: "¿Quién quiere que su opinión sea secreta? Aquel que considera que lo que está votando es una porquería. Aquel que está orgulloso de defender al Gallo hasta las últimas consecuencias, ¿qué vergüenza puede tener? Ninguna. Ahora, aquel que está votando que echen al compañero con el que estuvo tomando mate hasta el día anterior, se siente un hijo de puta, por lo tanto necesita la cobertura del cuarto oscuro y el sobre cerrado; es más, después se puede hasta dar el lujo de decir *Sí, yo voté para que el Gallo se quede y mirá estos hijos de puta lo que hicieron*. Es muy complejo. Ahora, también reconozco que, hoy por hoy, por ese nivel de conciencia, lo más cercano a la realidad es la votación así. Porque una votación en cuarto oscuro y secreta tiene la garantía de que va a ser una votación real, eso es verdad y hay que reconocerlo: uno expresa lo que realmente siente cuando nadie lo ve... Ahora, yo creo que un trabajador tiene que expresar lo que realmente siente y asumir con el lomo el compromiso que toma con la boca. Y es indudable que lo mejor es una asamblea para expresarlo a viva voz y argumentar por qué. No es simplemente *yo estoy a favor o en contra*. Lo interesante es estar a favor o en contra y tener una argumentación."

Pero el despido del gallo no fue el único, con el correr de los días hubo más sanciones que recayeron sobre personal jerárquico, la empresa despidió al gerente de la Línea, Luis Lentini, al instructor y a un supervisor de servicio. En total, fueron cuatro las personas que perdieron su trabajo por un desperfecto técnico, por culpa de la falta de inversión en el área de mantenimiento.

Ese abril terminaba de la mejor manera para Metrovías: el gobierno autorizó aumentos escalonados de tarifas y el precio del cospel se iba de 50 a 60 centavos. Ya entonces se preveían dos aumentos más, que lo llevarían a 75 centavos en los dos años siguientes.

Con un compañero menos, los trabajadores llegamos a septiembre del 99, y en medio de ese clima de derrota, se renovó el Convenio Colectivo: casi sin consulta en la base, el gremio acordó con la empresa la introducción de máquinas expendedoras de boletos y reafirmó la jornada de 8 horas.

El año terminaba mal, pero iban a venir tiempos mejores para el Subte.





***No hay que tenerle  
miedo a las bases.***

Charly Pérez

Trabajador y delegado del Subte





## Cosecharás tu siembra

Contra todas las profecías, el año 2000 nos encontró vivos.

La Argentina empezaba una fuerte recesión en su economía. Gobernada la nación Fernando de la Rúa, ganador de las elecciones de octubre del 99 como candidato de la Alianza. De la Rúa hizo su debut en el cargo reprimiendo los piquetes de estatales, docentes y desocupados que cortaban rutas en Tartagal y en el puente entre Corrientes y Resistencia, donde murieron dos personas. Pronto completaría el panorama con los recortes salariales a estatales y jubilados, para “achicar el gasto público”, y la escandalosa “Ley de Reforma Laboral”, aprobada mediante coimas en el Senado.

El nuevo gobierno mantuvo el plan de aumentos de tarifas en el Subte.

### Un nuevo Cuerpo de Delegados

En septiembre de 2000 fueron las elecciones de delegados que volcaron el panorama en el Subte.

Néstor Calvo perdía en la Línea A y Guillermo Gauto, en la E. Se renovaba el Taller Constitución y se mantenían delegados antiburocráticos en la D, en Taller Rancagua, en la C. En la

Línea B ganaba una lista de la UTA pero con sorpresas, que veremos más adelante cuando la empresa intente prescindir del puesto de guarda.

Los votos se usaron para pasar facturas. Las urnas sellaron el fin de una época y de una dirigencia.

A partir de septiembre, sobre un total de veintitún delegados de base, se contaban doce que no eran afines al Consejo Directivo Nacional de la UTA, nuestro gremio. Muchos de ellos veníamos militando contra los despidos y por la jornada de 6 horas desde el 96. Estaban Sergio Chiappe, Virginia Bouvet, Manuel Compañez y Luis Maestri, en la Línea A; Leo Gervasi en la C; el “Pelado” Abraham, Fragueiro y Marcelo Sena, en la D; Beto Pianelli, Claudio Violas y Piero, en la E y Charly Pérez en Taller Rancagua.

La empresa hizo cuentas enseguida. Por eso, los primeros meses de mandato fueron de ofensiva patronal, que trataba de debilitar al nuevo Cuerpo de Delegados con situaciones conflictivas aisladas, como sanciones disciplinarias a compañeros, que los delegados no podían resolver y provocaban malestar.

### **El puesto de guarda**

En eso, la empresa toma una decisión fuerte: el jueves 22 de febrero de 2001 reparte el boletín interno *Comunicándonos*, en el que anuncia la eliminación del puesto de guarda en la Línea B a partir del sábado 24. Proponían reubicar a todos en otras líneas y obligar al conductor a cubrir las dos tareas.

Que empezaran por la B era razonable por el cambio reciente de tecnología en el sistema de señalización y porque era un sector con tres delegados que controlaba la UTA, o eso parecía.

Porque fue Fernanda Lentini, una de esos tres, la que rompió el cerco y avisó a los delegados. Al otro día, unos cuarenta trabajadores fueron al gremio a buscar al subsecretario Alejandro Lacuanitti para llevarlo a la B a dar la cara.

Uno de los compañeros más firmes en aquel sector era Pablo Ortega y, evocando esos días, ahora dice que “Fernanda toma conocimiento un miércoles; al otro día dan la comunicación por escrito: cada guarda iba a ser reubicado y a partir de tal día ya no iba a tomar servicio como guarda. Yo hice una parodia sobre el papel: escribí *Jesús de Nazaret* en el lugar del nombre de un guarda con legajo x que iba a tomar servicio en otro lado... De ahí, todos los que eran guardas y conductores, entre los cuales me incluyo, salimos en bandadas hacia el sindicato. Algunos pocos con conciencia decíamos que íbamos al lugar equivocado... Pero era necesario ir, aunque sabíamos que nos íbamos a encontrar con crápulas que estaban ahí para dar la cara por la empresa, no por nosotros. Y otros, la gran mayoría de los compañeros, se fueron para allá para, justamente, exigir que el sindicato los defienda... Fuimos al anfiteatro de la UTA, y estaba sentado Lacuanitti, nuestro representante directo, y Heredia, el tercero en orden de importancia del gremio, que tenían la misión de recibir los tortazos de la gente. Ellos estaban comunicados con celular de manera permanente con alguien... Había un montón de compañeros que estaban esperanzados en el sindicato, había gente que les depositaba confianza y otros que sabíamos perfectamente para qué lado iba... Y un grupo de delegados, que habían sido electos recién

temente, en septiembre del año anterior... Este Cuerpo de Delegados era mayoritariamente antiburocrático, y si bien en la Línea B había ganado una lista *burocrática*, por suerte Fernanda no suscribió a ninguna de las ideas de ellos."

Se logró que la gente del gremio bajara al Subte. Hubo asamblea en la Línea B y ahí se decidió el paro "sorpresivo" para el día siguiente. Esa tarde se recorrieron los demás sectores para discutirlo con los compañeros.

Parar el Subte un viernes no es lo ideal en términos de impacto porque es el día hábil de menos movimiento y, además, no es muy táctico en términos gremiales porque si el conflicto se extiende al fin de semana tiene menos repercusión. Pero no había alternativa.

Me acuerdo de una noche muy extraña... Diez delegados reunidos en la casa de Charly Pérez, en Núñez. Hay muchos nervios. No podemos creer lo que pasa... ¿O acaso la empresa piensa que no podemos parar? Nos llevan al conflicto, ¿por qué? Pensamos las variantes: tiran despidos, la conciliación obligatoria, ¿y si nos meten presos? Armamos una segunda línea por las dudas... Era la prueba de fuego para esta nueva dirección que no terminaba de afirmarse entre los compañeros.

Pararon todas las líneas y los talleres, menos Polvorín y Bonifacio, de las 8 a las 9 de la mañana del viernes 23 de febrero.

Cuando se intentó retomar tareas, los jefes te notificaban, verbalmente, tu nueva situación: estás despedido. Llovieron 218 telegramas. Casi todos en el sector de Tráfico, la mayoría estaba en horario de trabajo.

Por eso la empresa no pudo reanudar el servicio normal a las 9 y salieron unos pocos trenes con diagrama de emergencia, manejados por personal jerárquico.

Viajar ese día en subte fue un caos. Los pasajeros no entendían nada. Desde este lado se explicaba que la medida de fuerza había terminado, que era la empresa la que entorpecía el servicio despidiendo a los compañeros que tenían que trabajar.

Pasado el mediodía, el Ministerio de Trabajo dicta la conciliación obligatoria; el sindicato y Metrovías aceptan... La noticia era un alivio, ya que volvía la situación al momento anterior al paro: los despidos quedaban en suspenso y la empresa no podía innovar, debía esperar los diez días hábiles de la conciliación sin tocar a los guardas de la B.

Las reuniones en el Ministerio se sucedieron unas tras otras, igual que las conciliaciones. Los delegados fuimos ganando espacios: como no confiábamos en el gremio, metimos una comisión de delegados para que participara de las negociaciones.

Uno de los delegados que estuvo en esas reuniones cuenta que "la anécdota más pintoresca fue la de Segovia en el Ministerio, en medio de la segunda audiencia... Bueno, hubo un cuarto intermedio en el cual descubrimos que Segovia fue criador de gallos de riña y estuvimos todo el cuarto intermedio escuchando la anécdota de Segovia de cómo se cría un gallo, cómo se lo entrena, cómo se pelea en una riña, cómo se apuesta y bueno, todas las trampas que se hacen en estas cosas. Y se nos pasó el cuarto intermedio así y cuando nos llamaron nos dimos cuenta que habíamos estado todo el tiempo hablando de los gallos de riña, y nosotros decíamos: al final los compañeros

que tanto hincharon las pelotas ;*Queremos a nuestros delegados adentro! ;Queremos a nuestros delegados adentro!* Y los delegados estaban adentro, hablando de gallos...”

Por inexperiencia, en el Ministerio nos hacían trampa. Entonces aplicaron dos conciliaciones obligatorias, cuando lo legal es una... el resto fueron voluntarias. La verdad es que mucho no nos importaban las formas legales, siempre y cuando la situación nos favoreciera... En ese clima de suspense ganábamos tiempo. Nuestra preocupación pasaba por mantener la unidad de los compañeros para defender a los guardas.

### Como gato panza arriba

El conflicto duró más de tres meses. Fue muy peleado. Teníamos al Consejo Directivo de UTA haciendo lobby para entregar a los guardas y a unos cuarenta compañeros despedidos de cada línea. Sus telegramas estaban suspendidos pero *estaban*.

Era normal que en el cuarto de descanso alguno de ellos se quebrara y llorara delante de todos. Y seguía en la casa, donde sólo ellos saben la tensión que desata el telegrama.

En la memoria colectiva estaba muy presente la derrota en el conflicto del Gallo Méndez, en el 99, cuando paramos por su reincorporación y la empresa respondió con despidos. El triste canje que esa vez impulsó el *calvismo* era un mal antecedente.

Pero ahora era distinto. La idea de negociar, entregando a los guardas para reincorporar a los despedidos no estaba entre los planes de los delegados. En febrero habíamos paralizado el



Subte para defender los puestos de trabajo y los despidos eran sólo un elemento de presión.

Desde el punto de vista de Ortega, "el telegrama multiplicó el miedo por mil, pero se dio el efecto del gato panza arriba, que pelea hasta las últimas consecuencias y le hace frente con la panza y con las garras. Y en nosotros, se dio una situación límite donde lo único que podíamos hacer era pelear.

"La empresa fue tan bruta... el manejo del ataque contra el trabajador es tan bestial que al trabajador no le queda otra, por ahí, incluso, que salir a pelear a todo o nada. Y el telegrama es eso, transforma a alguien que, tal vez, no quiere pelear, en alguien que no se va a corromper y va a pelear hasta las últimas consecuencias.

"El primer conflicto contra el despido del año 97 fue el clic que nos hizo a muchos. Ahora, el primer gran conflicto para defender esa herramienta contra los despidos fue el del Gallo Méndez, donde despiden después como fusible a Lentini, el papá de Fernanda. Bueno, esa lucha ya nos fue curtiendo la piel, porque yo a la altura del guarda, tenía como dos telegramas guardados, y ahora tengo como cinco o seis telegramas de despido de la empresa. Estamos curtidos, ya sabemos que el único mecanismo es pelear."

Hay que tener presente que en un conflicto gremial pueden darse tres resultados: se puede perder, se puede cambiar una cosa por otra o se puede ganar todo. ¿Por qué íbamos a negociar, si podíamos ganar? Íbamos por todo, nosotros no éramos "calvistas".

Mientras tanto, en la Línea B, se daba una situación particular: los conductores eran los que estaban más firmes en contra de

la eliminación del guarda. Es que no querían trabajar solos en las formaciones. La empresa hacía lo suyo endulzando los oídos de los guardas con promesas de ascenso.

En ese sector de la empresa, Fernanda Lentini era la única delegada que defendía a los guardas. Era clave porque nos abría la puerta de la Línea y podíamos hacer asambleas.

Contener... a los guardas, a los conductores, a los despedidos. Evitar que se quebrara la simbiosis que mantenía juntos, inseparables, a la mayoría de los delegados.

A veces el cuerpo se vuelve el mejor de los gráficos posibles: no podría decir que había miedo entre los delegados, pero una tarde nos invadió la diarrea y fue muy gracioso porque uno contó que estaba mal del estómago y otro dijo que también y resultó que éramos siete los que nos estábamos cagando... Y ahí andábamos tratando de que no se nos cayeran los compañeros, a la salida del baño.

A principios de marzo, los delegados nos juntamos en el cuarto de descanso de los maniobristas de Constitución para ver cómo seguía el conflicto. No invitamos al gremio. Tal vez la conclusión más importante de la reunión era que teníamos que estar en contacto permanente. Nos pusimos de acuerdo en mantener una reunión semanal; buscamos un día y un horario en el que todos podíamos y decidimos vernos el martes, a las dos de la tarde. Y el siguiente y el otro... sin saber, todavía, que las reuniones de los martes se volverían una institución, una costumbre que se mantiene hasta el día de hoy.

El contacto permanente durante esos meses de tensión sirvió para fortalecer un grupo humano de dirigentes que parecía condenado a hacer historia en el Subte. Las reuniones de los

martes se intercalaban con dos o tres plenarios mensuales en la sede del gremio y con las asambleas en las líneas.

### Hasta la puerta del cementerio

La UTA estaba en problemas y Alejandro Lacuanitti caminaba por las paredes. Reconocía *–off the record–* que existía un compromiso previo con la empresa para borrar a los guardas del mapa de las cinco líneas. Pero el conflicto se le iba de las manos y él, que era el garante del acuerdo, no podía cumplir con su parte del trato.

Cada vez más lejos de sus objetivos, el gremio tuvo que ir modificando su discurso al ritmo de los acontecimientos: las frases del principio, como “el Gremio acompaña pero sólo hasta la puerta del cementerio, de ahí en más, si quieren hacer locuras, sigan solos”, fueron cediendo. A mediados de abril, dos meses después de la huelga, emitían un comunicado aclarando que estaban “a favor de la defensa incondicional del puesto del guarda”. Llevaba la firma del Consejo Directivo Nacional de UTA y era una demostración del clima que se vivía en el Subte. Ahora, lo políticamente correcto era la defensa de los puestos de trabajo.

Era una formalidad, porque ellos siguieron operando a favor de la entrega de los guardas y “tocando” a algunos delegados, tratando de cooptarlos. Tenían con qué: pertenecer tiene sus privilegios. Para dar un ejemplo: nuestro Convenio Colectivo establecía, en esa época, veintiún delegados, dándole facultades a la organización sindical para designar a dos de ellos como “créditos permanentes”, un beneficio que los libera de trabajar

para que puedan ser delegados de tiempo completo. Históricamente, este beneficio se usaba para premiar a delegados que respondían a “La Organización” o para sumar a quienes tuvieran ese potencial.

Uno de esos créditos lo tenía Claudio Pacífico, un pichón de burócrata que dirigía el Taller Polvorín con tanta obsecuencia que daba vergüenza ajena. El otro puesto estaba vacante desde septiembre. Era una anomalía y una táctica: había un crédito permanente disponible para el que cruzara de vereda. Pero no hubo caso.

Porque la tendencia era la opuesta y se fortalecía el frente único entre los delegados. Un frente que avanzaba porque era capaz de priorizar los acuerdos por sobre las diferencias. Esencialmente, era el resultado de la alianza de dos grandes bloques: las Líneas A y E, por un lado y la Línea D y el Taller Rancagua, por el otro.

El Tano Gervasi era delegado de la Línea C y recuerda “que el tema del guarda, a mi entender, como tocaban a todo un sector, digamos, tocaban a una función que era inimaginable que la fueran a tocar para la gente, digo, o sea, ¿cómo se van a atrever a sacarnos a ‘nosotros’?, ahora sí vamos a dar pelea... Aparte había habido ya un par de experiencias, no tan grosas como la del guarda, pero la gente como que se había acostumbrado un poquito a enfrentar a la empresa, digo, ya había perdido un poco el miedo...

“En la B, me acuerdo de un pibe que estaba parado arriba del banquito y cuando se enteró de que el telegrama le había llegado a la casa, medio que se empezó a tambalear. No me olvido más de esa cara, ahí en el cuarto lo veo que se tambaleaba y

yo lo consolaba... Era un poco hipócrita de mi parte: *Menos mal que no estoy en tus calzones*, pensaba. Esta es la parte del ángel y el diablo, ¿no?... que en un momento lo consolaba verdaderamente, honestamente, y el diablo que decía: *Menos mal que no estoy en tus calzones, por dios.*"

La pelea por los guardas duró ciento diez días y se definió una tarde reunidos en el Ministerio de Callao 110, cuando la empresa reincorporó a los despedidos. Las actas de esa reunión sellaron la pulseada que habíamos ganado abajo, en las líneas, en los talleres.

A esa altura, no era el puesto del guarda lo único que estaba en juego. Un Cuerpo de Delegados repleto "de loquitos", de "zurdos" había dado pelea y ganaba... Se afianzaba, dejando al sindicato en evidencia y a la empresa en ridículo.

## Fernanda

Es difícil explicar con palabras a las personas, porque uno es lo que dice, más lo que hace, más lo que piensa.

Fernanda Lentini entró a la empresa con la privatización del 94 y gracias al papá gerente, uno de los cuadros operativos que Metrovías seleccionó por su experiencia en el Subterráneos estatal.

Como ya vimos, el padre fue el pato despedido de la boda en el conflicto del "Gallo". El mismo día que Fernanda entró en crisis y adhirió al primer paro de su vida por la reincorporación de ese conductor de la D. Fue después de una conversación telefónica con el padre.

Seguía siendo bajita, carismática, católica y muy apegada a la familia cuando la contactaron dos tipos de la burocracia y se animó a armar lista para las elecciones del 2000.

Seguía siendo la hija de un tipo que fue “capo” en la empresa, compartiendo asados con los ex colegas de papá y con algún burócrata trasnochado.

Pero se parecía menos a todo eso: la conciencia de clase es como un músculo que se ejercita en las peleas y uno se va volviendo fuerte.

Y a poco de ganar las elecciones, hubo un quiebre: sentada en la jefatura, con sus dos compañeros de lista, perpleja de escuchar que un delegado le buchoneara al jefe quiénes eran los activistas.

La tarde que se enteró, llamó a Beto Pianelli para contarle lo de los guardas. La cadena de llamados se dio naturalmente. A la mañana siguiente, Fernanda vio que no estaba sola y todo lo demás se fue dando.

### **El salario y las seis horas**

La Ley de Convertibilidad regía desde el año 92. El dólar y el peso estaban uno a uno. Los salarios estaban congelados, pero los precios subían.

El pasaje de subte había aumentado un 55% durante la “estabilidad”, de los \$0,45 que valía un cospel en 1994, a los \$0,70 que costaba el Subtepass a partir de abril de 2000, cuando el gobierno de Fernando de la Rúa aplicó un tarifazo en los servicios de transporte.

En 2001, el gobierno de la Alianza hacía agua por todos lados. La designación de Domingo Cavallo como ministro de Economía era una muestra de debilidad del gobierno, continuador del modelo económico que Cavallo había impuesto durante la década menemista.

Mientras el país se derrumbaba, los trabajadores del Subte íbamos en ascenso, fortalecidos por el triunfo en el conflicto de los guardas. Era el momento de ir por más.

La recuperación de la jornada histórica de seis horas era el objetivo central de un grupo importante de dirigentes y activistas del Subte. Cómo abordar esa reivindicación era motivo de largas discusiones: insalubridad o seis horas para repartir las horas de trabajo y generar empleo, fue una de las cuestiones que tuvimos que saldar entre los distintos sectores que manteníamos el frente único. El criterio de la insalubridad finalmente se impuso y salimos a explicarles a los compañeros que trabajar en el Subte los enfermaba.

El tema del salario era el otro punto a abordar, el que imponía la urgencia, el que más movilizaba. La reducción de la jornada era más propagandística.

Combinar las dos reivindicaciones fue un acierto táctico que unificaba, que nos impulsaba hacia adelante.

### **Brazos abiertos, puños cerrados**

La relación entre los delegados y el gremio eran tirantes. En el mes de julio se decidió, en la base, hacer una asamblea en la sede de la calle Moreno, para exigirle al Consejo Directivo de

UTA que se pusiera al frente de los dos reclamos. Alrededor de setenta trabajadores del Subte llegaron a la puerta y fueron agredidos por una patota, unas cien personas, del subte, directivos del gremio y colectiveros, que nos recibieron *con los brazos abiertos y los puños cerrados*. Nos fuimos y terminamos haciendo la asamblea en la Plaza Miserere, donde unos cien compañeros repudiaron a la patota y votaron impulsar los reclamos desde abajo, sin el apoyo de nuestros dirigentes.

Las reuniones de los martes se fueron convirtiendo en la base de operaciones de los delegados, porque en los meses siguientes, no pisamos el gremio.

Después de la golpiza, el encargado de recomponer las relaciones con los dirigentes del sindicato fue un delegado de la Línea C, “el Ciego” Silva Sosa, cuya mayor virtud fue siempre la de actuar de comodín: jugando para quien lo tiene.

El gremio le bajaba línea para acercar posiciones. Y el cuento era que había una vez una interna entre burócratas y que un sector era malo y quería pegarnos, pero había otro grupo más bueno, que no quería... entonces, la patoteada no era una política de Consejo Directivo sino, más bien, el resultado de esa interna. Y colorín colorado...

La realidad era que el triunfo de los guardas había provocado desplazamientos hacia el interior del gremio. Alejandro Lacuanitti fue el gran perdedor y en la Subsecretaría de Subte entraron a jugar otros nombres, de mayor jerarquía en “La Organización”: el secretario gremial, Miguel Bustinduy y el prosecretario, Carlos Heredia, que tenía fama de “matazurdos”, por cierta habilidad para el diálogo con delegados opositores.



Pero recomponer las relaciones no era tan simple. La desconfianza en la dirección de la UTA crecía y el Cuerpo de Delegados se mantenía compacto. Volver a la sede de Moreno era solo una cuestión táctica que se barajaba y que finalmente se impuso. Volvíamos en bloque, para exigir que impulsaran nuestros reclamos.

### El proyecto de Ley 871

Lo habitual es que el pasajero llegue apurado a la boletería. Viajar es un trámite, un ratito en el día. Algunos preguntan de manera compulsiva: “¿En que estación me bajo para hacer combinación...?”, como si fuera una cábala y, a veces, si el boletero tarda en responder, ellos mismos lo hacen porque saben la respuesta de memoria.

La furia del usuario se puede desatar cualquier día y en cualquier estación: porque el tren se demora o se rompe, porque se llena demasiado o hace calor, porque el boletero habla por teléfono o toma mate, porque no sabe o no entiende, porque no hay monedas. La fija es que se la agarren con el empleado que tienen más a mano. El pasajero enojado siempre grita, acusa, a veces insulta, otras, amenaza. Algunos rompen los vidrios de las boleterías.

En la de Bolívar trabajaba Beto Pianelli y, una tarde de agosto de 2001, pasó Carlos Camaño. Eran viejos amigos. Carlos ahora era asesor del legislador Puy.<sup>1</sup> Charlaron sobre la insalubridad y sobre la jornada de seis horas. Ese encuentro derivó en la

<sup>1</sup> Raúl Puy, integrante de la dirección del PS entre 2002 y 2006, fue concejal (1991-1995), constituyente (1996) y legislador porteño (1997-2003).

presentación de un proyecto de ley por la reducción de la jornada en el Subte, por razones de seguridad.

Entretanto, la crisis del país era incontenible y el gobierno de De la Rúa se caía. El estallido popular del 19 y el 20 de diciembre de 2001 terminó expulsándolo de la presidencia y la represión policial durante esas dos jornadas, se cobró veintinueve muertos y cientos de heridos en todo el país.

Los últimos días de 2001 y los primeros meses de 2002 fueron de piquete y cacerola en todo el país y de asambleas de vecinos en la Capital Federal.

Durante los siete días que ejerció como presidente de la nación, Adolfo Rodríguez Saá tuvo que declarar lo que era evidente: la Argentina no podía pagar la deuda externa. Su sucesor, Eduardo Duhalde se propuso desmontar la movilización y garantizar una “salida” controlada al estallido.

En ese contexto, en plena crisis de las instituciones, cuando todavía se escuchaba el *que se vayan todos*, el Cuerpo de Delegados decidió darle impulso al proyecto de ley.

Entonces salió el primer boletín del Cuerpo de Delegados, que hacía eje en la reducción de la jornada y en los efectos nocivos del ruido. El boletín incluía una copia del proyecto. A la vez, iniciamos la recorrida por los despachos de los legisladores, para explicar la necesidad de convertirlo en ley.

Empezaba el movimiento: en la Legislatura y por abajo, entre los compañeros. Lo que había empezado como propaganda, se fue convirtiendo en agitación, se fue instalando en la cabeza de los compañeros que las seis horas eran un derecho y que, además, eran posibles.

Hicimos circular información sobre la sordera, sobre el aire viciado... cantidad de decibeles y grafito se fueron incorporando a las conversaciones y a las preocupaciones de los trabajadores del Subte.

Cuando el proyecto empezó a tratarse en las comisiones, hicimos la primera movilización, con trescientos compañeros. Concentramos en el Obelisco y marchamos a la puerta de la Legislatura. Una comitiva de delegados y trabajadores participó de las reuniones de cada comisión legislativa que analizó el proyecto.

Se fueron sumando otros proyectos de ley por las seis horas, uno de Jorge Altamira, del Partido Obrero; el otro, de Jorge Rodríguez.

### **Nace la Comisión de Mujeres**

En los meses en que estuvo en juego la reducción de la jornada, la empresa Metrovías se embarcó en una campaña contra el proyecto de ley, que tomaría estado público. Contaron para eso con algunos medios de comunicación masivos, como Radio 10, una emisora de alcance nacional, muy conocida por sus posiciones políticas de *derecha*.

Mucho se dijo en contra de la ley de las seis horas, pero hubo una falacia legal que muy pronto se iba a convertir en el argumento más eficaz para sus propósitos: una vieja ley de 1924 que prohíbe el trabajo de mujeres en ámbitos insalubres.

Metrovías la usaba para contraatacar diciendo que, en caso de aprobarse el proyecto de las seis horas, iba a tener que despedir a todas las mujeres... unas trescientas compañeras.

En verdad, el proyecto de ley no se proponía calificar como insalubres las tareas en el Subte, sino que planteaba reducir la jornada laboral por razones de seguridad... A pesar de esto, el tema se prestaba a confusión y tuvo su efecto.

Hubo tantas dudas y mujeres preocupadas que a Karina, una de las boleteras, se le ocurrió la idea de hacer una reunión e invitar a las demás, de juntarnos todas para explicar que no había razones para tener miedo.

Convocamos a una asamblea en la estación Callao, invitamos a algunos abogados laboristas y a legisladores.

“Cuando llegó el día, explotó Callao. Éramos más de sesenta compañeras de todas las líneas. Algo histórico, había señoras que jamás habían ido a una asamblea. En ese instante temblaba como una hoja, no me animaba a decir palabra hasta que lo solté: *Me parece compañeras que nos tenemos que organizar y armar una comisión de mujeres interlíneas*. Obviamente, se formó la comisión y en los siguientes meses recorrimos despachos de diputadas, organismos oficiales, mandamos mails y recibimos infinidad de apoyo. Este fue mi aporte a la lucha de género y por la recuperación de la jornada de seis horas, lo que iba a generar más adelante la creación de quinientos puestos de trabajo”, dice ahora Adriana Zarlenga.

La Comisión de Mujeres funcionó durante años y en esa época jugó un rol muy importante, contrarrestando los ataques de la empresa.

Las marchas en apoyo al proyecto de ley eran casi semanales y cada vez eran más numerosas.

Los tres proyectos se unificaron y se acercaba el día de la votación en el recinto. Cientos de trabajadores llegaron a la legis-

latura en una marcha encabezada por mujeres del subte, el 22 de agosto de 2002. Ese día, comenzó la sesión con un homenaje a las víctimas de la masacre de Trelew que, veinte años antes, habían sido fusiladas por los militares. Hubo más de ochocientos trabajadores en el recinto.

El proyecto de ley 871 se debatió durante horas y se aprobó por amplia mayoría.

Los legisladores nos daban la razón. Ese día fue una fiesta en el Subte. Pero la última palabra la tenía el jefe de Gobierno, Aníbal Ibarra.



***No podemos permitir  
que existan  
trabajadores de  
primera y de segunda.***

Jorge Méndez

Trabajador y delegado del Subte







## La democracia posible

Aníbal Ibarra<sup>1</sup> vetó la ley de seis horas el 13 de septiembre de 2002.

Fue un duro golpe para los que trabajamos en el Subte.

Esta decisión estaba a tono con el país: el gobierno de Duhalde había comenzado a controlar la situación. El punto crítico había sido la movilización de desocupados de junio en Avellaneda, cuando la policía asesinó a Maximiliano Kosteki y Darío Santillán.

La dirigencia política y los empresarios estaban unidos por el espanto que les provocaba el *que se vayan todos*, pero también

<sup>1</sup> Aníbal Ibarra se desempeñó como jefe de gobierno en el período 2000-2004 (como integrante de la Alianza) y entre 2004 y 2006 (aliado al kirchnerismo). De militancia comunista en su adolescencia, Ibarra había sido designado secretario de un juzgado criminal de sentencia en tiempos de la dictadura (1981), cargo que mantuvo hasta 1984 y desde el cual participó en juicios por la desaparición de menores. En 1991 dejó el Poder Judicial y se sumó al Fredejuso y su continuación, el Frepaso, dirigidos por Carlos “Chacho” Álvarez, y una de las fuerzas principales de la Alianza. Fue concejal y legislador porteño hasta 2000, cuando fue elegido jefe de la Ciudad de Buenos Aires. En 2004 obtuvo la reelección. Como consecuencia de la masacre de Cromagnon, la Legislatura lo removió de su cargo en 2006. Como integrante del Frente Progresista Popular, aliado del kirchnerismo, fue elegido legislador porteño en 2007.

por el amor: mientras el valor real de los salarios caía, la devaluación y la “pesificación” de sus deudas los beneficiaba.

Se vetó la ley pero no estaba todo perdido, el veto se podía revertir, para eso era necesario que los legisladores accedieran a tratar nuevamente la ley y la aprobaran con dos tercios de los votos.

Unas semanas después, logramos que se volviera a discutir el proyecto, aunque era de esperar que los legisladores que respondían a Ibarra, esta vez, votaran en contra.

El día que iba a tratarse nuestra ley, tuvimos una reunión previa con los bloques mayoritarios de la Legislatura porteña y sabíamos que no reuníamos los votos necesarios. Aun así, una multitud de trabajadores se hizo presente en el recinto. Y cuando empezaron los discursos en contra del proyecto, sucedió algo que no estaba previsto en el temario del día: los trabajadores comenzaron a cantar... cada vez que un legislador quería hablar, se lo interrumpía con algún cantito: *“Si nos tiran las 6 horas al bombo, va a haber quilombo, va a haber quilombo”*, *“Yo sabía, yo sabía que a Ibarra le pagaba Metrovías”*, así durante horas. Finalmente, la sesión se suspendió por cuarenta y ocho horas. Dos días después, unos ciento cincuenta compañeros marchamos a la Legislatura. Pero a diferencia de las movilizaciones anteriores, nos esperaba un gran cordón policial y sucedió algo por primera vez, no se permitió el ingreso de público. No nos dejaron entrar, ni siquiera con la orden de una jueza que hizo lugar a nuestro pedido y se acercó hasta ahí con una autorización escrita. Fue en ese momento que la policía empezó a golpearnos y un guarda, Miguel Blanco, recibió un golpe de bastón en la cabeza y, bañado en sangre, cayó desvanecido en medio de la calle Perú.

En repudio a la represión policial, el Cuerpo de Delegados y los trabajadores paramos el Subte desde las cuatro de la tarde hasta las doce de la noche, a pesar de que existía una conciliación obligatoria dictada por el Ministerio de Trabajo que, en teoría, nos prohibía realizar medidas de acción directa contra Metrovías.

Cuando la ley se cayó, hubo desmoralización; pero sería injusto hablar de derrota. Porque si bien en toda lucha sindical es importante lograr el objetivo que le dio inicio, este no es el único aspecto a tener en cuenta.

Unos años atrás, Néstor Calvo había dicho que “todos sabemos de la importancia de los balances y de las implicancias de un balance erróneo. Decir que un balance es *positivo* y *negativo*, no es justamente hablar con claridad. Así que, sin entrar en demasiados detalles... diré lo siguiente: toda batalla deja una rica experiencia y, desde esa óptica, habrá siempre algo positivo; hasta una derrota puede ser vivida como un triunfo por la gente y tener su correlato en un crecimiento organizativo, desarrollo de la conciencia, evaluación correcta de la relación de fuerzas, de los métodos y de la falta de escrúpulos de la patronal...”

Los meses de movilización en apoyo a la ley 871 tuvieron su efecto en la conciencia de los trabajadores. Se dio un salto organizativo y de acumulación de fuerzas.

Y a pesar de que en ese momento no las conseguimos, las seis horas quedaron instaladas como nuestro derecho.

## La postura del gobierno

Vetar una ley que había despertado tanta adhesión entre los trabajadores no era un simple trámite para el jefe de Gobierno.

Existía la posibilidad de una huelga en el Subte. Tal vez haya intentado descomprimir el reclamo, lo cierto es que Aníbal Ibarra decidió escapar hacia delante. Entonces, vetó la ley y, a la vez, dio curso al expediente por insalubridad que dormía en el despacho de Policía de Trabajo desde hacía meses.

Una decisión política, una salida elegante. Seguramente no sospechaba que, unos meses después, ese expediente le volvería como un *boomerang*. Cosas de la política...

## La posición de la UTA

El Consejo Directivo del sindicato estaba en esos días, volcado a ubicarse como dirección alternativa al Cuerpo de Delegados. Al frente de las decisiones se encontraba el secretario de Cultura, Ricardo Guarachi. Unos años después, la leucemia lo iba a matar, pero ahora estaba vivo y trataba de posicionarse.

Con la ley de seis horas muerta y enterrada, la táctica de la UTA era presentarse como protagonista del expediente de insalubridad que marchaba viento en popa. En verdad, ese expediente se había iniciado gracias a una denuncia presentada por tres delegados de la Línea A.

Entonces, los muchachos del sindicato hacían leña del árbol caído: desmerecían la ley vetada, hablaban de hacer las cosas "bien", de organismos competentes, de denuncias... en fin, un intento por aparecer ante los trabajadores como los dirigentes

idóneos que conocen a los funcionarios adecuados para canalizar el reclamo por la vía correcta... “Dentro de la ley, todo; fuera de la ley, nada”, como siempre decían.

### **El país**

El año 2003 corría. La crisis política que vivía la Argentina empezaba a ceder. Hubo elecciones nacionales, en mayo asumió la presidencia Néstor Kirchner con el 22% de los votos. Aun así, el nuevo gobierno generaba expectativas.

Durante este año, la concesionaria Metrovías iba a recibir de parte del Estado 30.567.119,85 de pesos en concepto de subsidios.

El país era otro, algo había cambiado en el ánimo popular a partir del estallido de 2001. Muchos ciudadanos parecían haber despertado de un largo sueño, había más participación, más activismo. Esto se podía ver, también, entre los compañeros del Subte, que veníamos de una pelea de resistencia muy particular.

La reducción de la jornada era una cuenta pendiente, pero la gente quería aumento de salario. El gobierno de Duhalde había decretado el año anterior un aumento general, no remunerativo, de \$200, para los trabajadores de empresas privadas, pero era poca plata.

### **Voltear el acta**

El 10 de julio de 2003, la UTA anunció un acuerdo salarial con la empresa y la modificación del Convenio Colectivo, introdu-

ciendo tres nuevas categorías flexibilizadas en el sector de Boleterías. El Ministerio de Trabajo lo había homologado en tiempo récord: apenas unas horas.

Cuando nos enteramos, hubo entre los compañeros una mezcla de bronca y sorpresa, porque fue un acuerdo a las apuradas y a espaldas nuestras. Encima, era un mal acuerdo porque, de los \$200 del decreto, solo se incorporaban \$125 a los básicos.

Unos días después, entendimos el apuro: el presidente Kirchner firmó un decreto que incorporaba \$225 a los básicos de todos los trabajadores del país que no hubieran alcanzado un acuerdo con su empresa.

¿El acuerdo Metrovías-UTA era una maniobra que nos dejaba afuera del beneficio?

Nos encontramos frente a un dilema. Había mucha bronca en la base, pero muchos compañeros decían “nos cagaron”, como algo sin retorno, porque no era un buen acuerdo pero ya estaba firmado por nuestro gremio.

El Cuerpo de Delegados propuso un paro en contra del acuerdo trucho y para exigir la reducción de la jornada a 6 horas por insalubridad.

Con las opiniones algo divididas, forzando un poco la medida en algunos sectores, los trabajadores del Subte paralizaron el servicio el 14 de julio de 2003 a las dos de la tarde. Por primera vez, desautorizaban un acuerdo firmado por el sindicato.

## En la vía

Morales era delegado de la Línea D y cuenta que en su sector el conflicto salió porque él bajó a las vías... “En los paros anteriores hacíamos retención de tareas y la empresa movía los trenes con personal jerárquico y daba servicio de emergencia”.

Morales bajó a las vías... “Podría haber salido mal, me podrían haber sacado, me cagaban a palos y por ahí la gente no me hubiese defendido... Me acuerdo de aquel momento, yo estaba solo y mandaron a un grandote de la empresa Metropolitana para que me saque de las vías y yo le dije: ‘De acá no me muevo’... Después vino un policía y le dije exactamente lo mismo. Entonces mis compañeros empezaron a ver que me había tirado solo a las vías, y se sumó un grupito de cinco o seis que fueron a buscar a los demás al cuarto de descanso, donde estaban mirando televisión con aire acondicionado. El 90% de la gente se terminó sumando al piquete en las vías.

“Después la discusión fue que estaban de acuerdo en parar pero que nadie habló, no discutimos sobre tirarnos a las vías... Estaba todavía el fantasma del primer piquete en la Línea E, en el año 97, con Gauto a la cabeza, en el cual fueron procesados todos por el corte de vías.”

El Ministerio de Trabajo dictó la conciliación obligatoria y empezaron las negociaciones.

Marcelo Graciano es un hombre de pocos amigos en Metrovías. No es que le falten las ganas o el carisma, nada de eso. El tema es que desde hace años ocupa un puesto que no se lo permite. Trabaja como coordinador laboral, en la Gerencia de Recursos

Humanos de la empresa. Su función es la de nexo entre las distintas áreas y frente a los delegados gremiales. Tarea compleja en un Subte por demás complejo.

No sabemos cómo imaginaba su futuro el día que lo contrataron, cuando cursaba la licenciatura de Relaciones Laborales en la UADE. Es probable que tuviera en mente un trabajo gris de escritorio, pero no.

Después de la huelga, cuando la empresa tuvo que dar más plata de aumento, comentaba entre risas que a nosotros nos había salvado Kirchner: "Yo me los imagino... cuando se enteraron lo del decreto, diciendo ¡Gracias Dooos!" Y levantaba los brazos y miraba al cielo cuando decía *Gracias Dios*. "¿O no fue así?", decía mientras se reía...

En septiembre, finalmente saldría la resolución de insalubridad que significaba la reducción de la jornada laboral de ocho a seis horas para dos tercios de los trabajadores del Subte, comprendidos en los sectores de Tráfico y Talleres bajo nivel.

Pero en los tres meses anteriores, el Cuerpo de Delegados había jugado sus cartas.

En el Ministerio se perdía mucho tiempo: se logró incorporar \$100 pesos más al básico, pero no se resolvía lo de las categorías flexibilizadas. De hecho, no se resolvió. Como tampoco fue éste el ámbito donde se definió lo que vino después...

### **La coyuntura política**

Tal vez la historia fuera otra si en esos meses no hubiera habido elecciones para jefe de Gobierno en Buenos Aires. La votación



fue el 24 de agosto... Aníbal Ibarra iba por la reelección y aunque ese día ganaba su rival de la derecha, Mauricio Macri, había que ir a balotaje.

El conflicto tuvo la particularidad de transcurrir en ese clima. El Subte en huelga era, nada menos, que un millón de *personas que votan*, varadas, sin su transporte preferido. Esta situación fue bien aprovechada por los delegados.

La insalubridad en el Subte se declaró el 5 de septiembre, pero no por generosidad política sino como resultado de una serie premeditada de acciones de los trabajadores para ejercer presión sobre las instituciones.

La verdad es que en esos meses hicimos muchas cosas: un grupito de compañeros fue al acto donde se presentaba el presupuesto anual de la Ciudad y en medio de un teatro colmado de vecinos, cuando Ibarra subió al escenario, le gritó reproches e insultos por haber vetado nuestra ley. El pequeño escrache lo puso tan incomodo al jefe de gobierno, que se fue del escenario y el acto siguió sin él. Después organizamos una jornada de agitación con las organizaciones de desocupados, cuatro mil personas que durante horas invadieron los accesos de doce estaciones de la red para inundar el Subte con volantes que pedían las 6 horas para repartir el trabajo entre ocupados y desocupados.

Los delegados tuvieron reuniones con Anibal Ibarra y otros funcionarios de la Ciudad, le enviamos una carta abierta al presidente Kirchner, que finalmente recibiría a una comisión de cinco delegados en la Casa Rosada para hablar sobre el tema.

Después de ese 24 de agosto cuando Ibarra salió segundo en las elecciones, sacamos una reunión con él para avisarle que si no

apuraba el trámite iba a haber huelga en el Subte antes del domingo en que se votaba la segunda vuelta.

Leo Gervasi cuenta que, en esa reunión, “a Ibarra le dijimos de todo. El único que lo trató de usted fui yo, pero le dije barbaridades, y los otros... Fonte le golpeó la mesa, el Ciego le decía *Yo no te voy a parar el Subte, ellos lo van a parar, yo soy un viejo...* Lo tratamos mal, Fonte diciéndole: *¡Vas a perder las elecciones!*”

La amenaza, como un *boomerang*, volvía a Ibarra justo ahora que tenía miedo de perder. Pusimos fecha a la huelga y en esos días salió la resolución.

### En la Rosada y el Ministerio

Pero antes “fuimos a la Casa Rosada y me acuerdo que cuando llego a la puerta, me pidieron el documento y le dije al de la puerta: ‘Si no me dejás entrar, te mató’. Más por una cuestión de cholulismo que otra cosa...”, cuenta Gervasi. “Algunos de los delegados que no entraron se ofendieron, pero se la tuvieron que comer, porque en realidad entramos los que entrábamos siempre a todos lados. Porque era un poco contradictorio, funciona de esta manera: acá te hacen dar la cara en un montón de cosas que a ellos no les interesan, pero después, cuando aparecen personajes importantes, cambia. ¿Qué le van a contar a sus hijos? *Estuve con el Presidente* ¿Te imaginás?, se morían.

“Nos recibió Alberto Fernández, el jefe de Gabinete, y fue muy diferente que con Ibarra. El tipo se planta de otra manera, una discusión áspera, y dice: ‘Esperen un segundo que me están llamando’. Se retira, tarda quince minutos, le digo a

Charly: ‘Che, mirá si entra con el Presidente’. ‘Y que venga’, dice Charly, ‘lo vamos a estar esperando’. Y después entra Fernández, se sienta y dice: ‘Me llamó el Presidente, me preguntó qué pasaba’. Y ya nos cambió la cara a todos con ese solo comentario... Y a los dos minutos vemos una sombra inmensa en la puerta y entró Kirchner y pegaron todos un salto, me acuerdo de eso perfectamente. Estaban Chiappe, Fonte, Charly, Beto y yo, pero fue automático, sin mirarnos: los cinco de pie, fue así, nos pusimos los cinco de pie, *Señor Presidente*... fue muy chistoso, porque yo lo vi a Charly que pegó un salto, el revolucionario... Beto, el trotskista... La investidura le pegó en la cara a todos... y nos dio un beso... me acarició la cara. Cuarenta minutos estuvo, habló él solo, nadie se atrevía a decir nada. Me acuerdo la frase: ‘Les tiendo un puente de plata muchachos, sépanlo aprovechar’. Y a todos les brillaron los ojitos...”

Sigue Leo: “El día que salió la insalubridad, me acuerdo que Tomada estaba muy enojado porque un día antes nosotros habíamos hecho declaraciones en la tele. Yo no, por supuesto, Segovia había hecho declaraciones en la tele de que había cortocircuitos en el gobierno. Yo me imagino que no se le ocurrió a Segovia eso... se lo habrán dicho en el MST<sup>2</sup>, ¿no?, le habrán bajado línea... Pero Segovia pegó duro con eso y Tomada estaba encabronado porque dijimos que había un cortocircuito adentro del gobierno...”

<sup>2</sup> Movimiento Socialista de los Trabajadores, partido surgido de la división del MAS en 1992; actualmente, su principal publicación es *Alternativa Socialista*. A su vez, del MST, en años siguientes, se desprendieron otras agrupaciones, como Autonomía y Libertad, Izquierda Socialista e Izquierda de los Trabajadores.

"Sale la resolución y estábamos en la puerta del Ministerio a las once de la mañana, pero Tomada estaba enojado, entonces quería hablar con nosotros, qué problema... 'No, que se vayan a la puta que los parió', dice Beto y se fue a buscar corriendo la resolución el tipo... y nos dice: 'Atiéndanlo ustedes'.

"Me acuerdo que fuimos el Ciego, Segovia y yo, porque no podíamos quedar mal tampoco, había que ir a ver qué le pasaba. Fuimos y estaba Tomada muy enojado y yo decía *¿qué carajo hago acá con el ministro de Trabajo enojado con nosotros?*, viste, esto es una cosa delirante... Pero enojado estaba, y empecé a ojear un *Clarín* mientras el Ciego hablaba y el tipo ojeaba el *Clarín* y no lo miraba al Ciego, y el Ciego en un momento se calla la boca y Tomada se toca los anteojos y lo mira así... *¿cómo es que se dice?*, por arriba de los anteojos lo mira, y el Ciego le dice: '¿Usted me va a escuchar a mí o va a leer el diario?' Yo me asusté, *está loco este viejo, es el ministro de Trabajo, lo van a matar...* Y se sacó los anteojos y los tiró, así, con bastante fuerza arriba del *Clarín* y dijo: 'Lo voy a escuchar, adelante', recaliente el tipo, y lo escuchó.

"Obviamente, después Segovia le pidió disculpas, porque ya sabíamos que teníamos la insalubridad y bueno, discúlpenos, discúlpenos... Bueno, después que cumplimos con ese trámite, volvimos todos corriendo a la Línea, y nada, todo un festejo...

"Fue un momento lindo porque estaban todos enloquecidos, y hay gente vieja que a mí, cuando yo había salido delegado, no me decían ni buen día, porque era pendejo, porque venía de la boletería, y con lágrimas en los ojos, emocionados, abrazándome, *gracias*, que esto que lo otro, *acá participamos todos, ustedes fueron fundamentales*, la gente vieja, la más reacia ¿no?, eso fue muy lindo. Yo fui directamente al tren, y vivo toda esa

situación, toda esa algarabía y toda esa situación de que gente vieja te reconocía, y cuando vuelvo a la boletería había un velorio y yo no entendía nada. Era un velorio, y estaban recalientes los pibes, mal, y peor, bueno, cuando hablo con Virginia... Una cosa es que tus compañeros estén calientes y otra cosa es que esté caliente mal alguien de cuando éramos cuatro o cinco o diez, ponele, que soñábamos con eso y yo no entendía. Y Virginia me lo decía, mal, recaliente. Creo que yo le planteé: 'Pero es un avance para una parte de la clase trabajadora, tenés que estar contenta', y ella me dice: 'Cuando termines ahí con el festejo, andá a la boletería, que es un velorio...' En realidad yo era un boludo bárbaro en esa época porque estaba contento. Yo iba a seguir trabajando ocho horas y yo estaba contento, o sea, mirándolo a la distancia, era fantástico ese Leo."

### **Una conquista parcial**

La oficina de Policía de Trabajo de la Ciudad de Buenos Aires firmó la declaración de insalubridad en el subterráneo el 5 de septiembre de 2003. Fue una conquista histórica para los trabajadores, pero parcial, ya que comprendía solo a dos tercios de los mismos, quedando excluidos sectores enteros como la Boletería, el Premetro y algunos talleres.

Unas seiscientas personas quedaban afuera del beneficio y no iban a trabajar seis horas. Esta injusticia se acabaría en abril del año siguiente, pero ahora había bronca.

En ese clima interno, Fabián Díaz era delegado de Tráfico. Esos días los recuerda como "la situación más injusta, creo... fue cuando a nosotros nos dan la insalubridad y había quedado la

gente de la boletería sin el régimen, habían quedado afuera. Creo que ellos, que ahí había gente que pensaba que nosotros nos íbamos a quedar con ese acuerdo y que no íbamos a conseguir las seis horas para la boletería. Esa fue una situación medio de mierda, porque creo que te consideran que sos un traidor, o que el Cuerpo de Delegados es traidor. En ese momento era una locura... Son situaciones que se dan y que a veces se manejan y otras veces no. Después del famoso paro –mal llamado de Semana Santa– se revierte la situación, pero yo creo que ese fue un momento bastante de mierda, porque aparte vos le veías la cara a tus compañeros, a tipos que vos conocés y cómo les explicás que en realidad no es chamuyo... Porque la mayoría de la gente decía: *Nunca más, olvidate de las seis horas para la boletería.*”

### **Bienvenido el Premetro**

La historia está llena de sorpresas, como la forma en que peleó la gente del Premetro por la jornada de trabajo.

El Premetro es un tren que viaja por la “superficie” de la ciudad. Va desde la estación Intendente Savier hasta General Savio y Centro Cívico, en Lugano, un barrio de la Capital. Conecta con el subterráneo en Plaza de los Virreyes donde, bajando una escalera, se puede hacer combinación con la Línea E de Subte.

Podemos decir que por cuestiones geográficas el Premetro no estuvo en los cálculos del Gobierno de la Ciudad a la hora de las mediciones técnicas y de los estudios clínicos realizados al personal de subterráneos para determinar la insalubridad de las tareas. Pero había algo más importante que los mapas y que ligaba a estos cincuenta trabajadores al resto del Subte:

la Línea E y el Premetro compartieron siempre el ámbito gremial y el mismo padrón electoral, que elige a sus tres delegados sindicales.

Cuando salió la insalubridad, en el Premetro fueron momentos de mucha unidad en la base, entre compañeros que no iban a quedarse afuera. Contaban con el apoyo de sus delegados.

Además, tenían a su favor una palabra, ocho letras en el texto, que técnicamente los incluía. Porque la Resolución 1.105 de Policía de Trabajo, en su artículo 1º dice: “declarar insalubres... las condiciones y medio ambiente de trabajo de la empresa Metrovías S. A. en los Talleres Rancagua; Canning; Constitución y Subusina Carlos Pellegrini, Guardas y Choferes y Túneles”. Mientras determina, en su artículo 2º: “Exceptuar de la presente declaración de insalubridad a las Boleterías, Andenes y Lugares de Tránsito de los usuarios de las Líneas de Subterráneos A, B, C, D y E”.

El Premetro, como sector, no estaba ni incluido ni exceptuado. Pero el beneficio alcanzaba a los *choferes*, y todos los que trabajan en el Premetro lo son. Por eso, los compañeros decían que la resolución los alcanzaba.

La jornada de seis horas que correspondía a la declaración de insalubridad había sido aplicada *de hecho* por los trabajadores que desarrollaban tareas en las líneas y talleres, luego de presentar recursos de amparo. Porque la empresa se había resistido a reducir la jornada, a pesar de estar obligada a hacerlo.

El ánimo de los compañeros de las boleterías y talleres que no recibieron el beneficio se repartía entre la bronca y la esperanza... ahí parecía que el mundo se dividía en dos: los que confiaban en los delegados y los que no.

Mientras tanto, los trabajadores del Premetro resolvieron obligar a la empresa a que les reconociera la jornada laboral que les correspondía. Con esa firmeza que da la unidad y más decididos que enojados, se retiraron de su puesto de trabajo una vez cumplida la sexta hora, a partir del 1º de noviembre de 2003. Ya no volverían atrás.

Los empresarios pusieron el grito en el cielo y amenazaron con sanciones. Durante los meses siguientes se descontó del sueldo las horas no trabajadas. Pero los compañeros continuaron la medida con tanta convicción que, más adelante, la empresa, les pagó las horas y, finalmente, se firmó un acuerdo entre el Cuerpo de delegados, la UTA y la empresa, en el Ministerio de Trabajo, reduciendo la jornada laboral.

“Seis horas para todos. Bienvenido el Premetro”... decía el comunicado interno de los Delegados, el 11 de febrero de 2004, donde se anunciaba el nuevo logro, y seguía: “Desde el Cuerpo de Delegados llamamos a la unidad de los trabajadores para recuperar las seis horas en todos los sectores... La decisión está en nuestras manos.”

Recién en abril se iba a igualar la jornada en Metrovías y todo gracias a una larga huelga.

### Los cuatro días

Beto Pianelli se despertó esa mañana bien temprano, sin pensar, ni una vez, en qué tan democráticas eran nuestras prácticas gremiales. Recordaba una conversación con Juan Manuel, la noche anterior, sobre el equipo de Boca que, en tres sema-



nas, jugaba la final de la Copa Libertadores contra el Bolívar, un partidazo.

Nada lo hacía pensar que ese día la empresa y la UTA se iban a juntar para firmar un acuerdo en el Ministerio de Trabajo. Como tampoco estaba en la cabeza de nadie que esa firma iba a provocar los cuatro días de huelga que siguieron.

“El acuerdo se firmó a escondidas, el mismo día que se hizo la primera marcha de Blumberg<sup>3</sup>. La empresa y la UTA entraron solos al Ministerio, a las once de la mañana y salieron a las diez de la noche. Era jueves y no nos daban la resolución, no sabíamos qué era lo que habían firmado. Recién conseguimos las actas al otro día, a las diez de la mañana. Nosotros siempre decimos que no hay que parar un viernes, pero cuando vimos lo que se firmó, paramos todo el Subte a las cuatro y media de la tarde” dice Beto.

Cuando el servicio se interrumpe porque estamos de paro, se dan tres tipos de reacciones: un grupo de pasajeros está indignado, otro comprende-adhiere, la mayoría se resigna. La idea no es joderles el día, aunque muchos lo crean.

No fue que estuviéramos aburridos y como no teníamos nada mejor que hacer empezamos una huelga, tuvimos que hacer el paro porque el acuerdo firmado en el Ministerio establecía la reducción de la jornada a seis horas pero no para todos... En el caso de los boleteros, que eran 500 personas, la jornada era

<sup>3</sup> Juan Carlos Blumberg, empresario textil que tras el asesinato de su hijo Axel, víctima de un secuestro extorsivo, inició una campaña para endurecer la legislación penal y procesal. Convocó a varias concentraciones de gran repercusión que obtuvieron de los gobiernos nacional y bonaerense parte de lo que reclamaba.

de siete y venía acompañada de la implementación de máquinas expendedoras, lo que amenazaba la continuidad laboral de esos compañeros.

La huelga duró varios días porque, tanto el gobierno como la empresa, nos dejaron librados a nuestra suerte. Nadie parecía dispuesto a negociar con nosotros.

Cuatro días que se volverían el mejor de los recuerdos para Antonio Morales, y eso que a él tuvieron que convencerlo “ese viernes, a las tres de la tarde, de que había que parar por los boleteros, por el tema de que iban a poner las máquinas expendedoras”, porque él “estaba en contra, debido a que la boletería fue siempre un sector atrasado. Tal vez yo, cuando fui boletero –dice– tenía la misma posición, pero bueno... El tema es que en esa época, en el Cuerpo de Delegados, cerrábamos fila en un punto y lo hacíamos. Al menos yo bajaba una línea: *señores, hay que parar por esto, esto y esto, sin dar demasiadas explicaciones*”.

### Tomar la cabecera

Con la noche empezaron a llegar los telegramas de despido y esto nos obligó a seguir el paro hasta que el acta cayera y se reincorporara a todos. Por eso nos quedamos a dormir en el Subte, en las estaciones “cabecera”, porque al otro día no tenía que moverse un solo tren.

“Nos quedamos ese viernes, me acuerdo... Como a las diez de la noche, cuando se rumoreaba que iba a venir la policía a sacarnos del forro del orto, un grupo de gente salió corriendo

como cuando uno fumiga y un montón de bichos salen disparados. Creo que quedamos doce. También vino gente de las organizaciones políticas de izquierda, que no estaban en extinción todavía, entonces seríamos dieciséis... Había un pequeño grupo de mujeres y yo les dije: 'A las mujeres no las quiero acá, si nos van a venir a cagar a palos, que se vayan'. No se fue ninguna. Después se empezó a hacer una cadena de llamados, de eso se encargaron algunos compañeros. Convocábamos a que vinieran los que estaban en sus casas, ya que nos iba a venir a sacar la policía. Me comentaron que hubo un compañero que contestó: 'Esto es una casa de familia, vos no podés llamar a la una de la mañana para plantearme esto'; y otro, diciendo: 'No voy porque yo por los boleteros no voy a hacer nada'. Pero, afortunadamente, un sector grande de compañeros se solidarizó y a partir del día sábado a la mañana empezaron a venir, de a poco.

Tuvimos suerte: el Estado apostaba al desgaste nuestro y nosotros nos bancamos y, como vieron que no íbamos a retroceder, empezaron los llamados del gobierno, y se le planteaba que esto se iba a pudrir mal", dice Morales.

Hubo momentos de mucha tensión. La tercera noche "parecía que nos iban a desalojar, el rumor era muy fuerte. Virginia tenía que escribir un comunicado de prensa para que salga en los medios, tenía que ser rápido, por si venía el desalojo y me pidió que la ayude. La cosa es que estuvimos más de una hora dando vueltas sobre qué poner y no nos poníamos de acuerdo (todavía tengo guardados todos los borradores). Primero estuvimos sentados en las escaleras, después en el banco del andén, de ahí fuimos al cuarto de descanso; los pibes estaban jugando al metegol y al truco, y nosotros que-

riendo concentrarnos para escribir. En eso se da cuenta, creo que el pelado Díaz, y le pide a los compañeros que bajen la voz porque no nos podíamos concentrar y teníamos que mandar la nota a los diarios. Entonces dejaron de hacer ruido y varios se quedaron alrededor mirando cómo tratábamos de escribir y no nos salía. Se ve que se cansaron al rato y se pusieron de nuevo a jugar a las cartas y al metegol. Nos volvimos a ir afuera y creo que, al final, no pudimos escribir nada”, recuerda César Palacio.

### Seis horas para todos en Metrovías

La huelga provocó pérdidas económicas a los negocios ubicados en las bocas del Subte y a los pequeños comercios que están en los andenes. Estos últimos fueron los más perjudicados. A la vez, son los que comparten con nosotros la cotidianidad del trabajo y se da, en general, una buena relación de convivencia, compartiendo ámbitos comunes como los baños. Esa cercanía hizo que muchos de estos comerciantes apoyaran nuestro reclamo.

Pero hubo excepciones, como la dueña del puesto de diarios que está sobre el andén de la estación Loria, que hizo declaraciones en la radio, en contra de los trabajadores... *No quieren trabajar porque son vagos, tendrían que echarlos a todos*, dijo en esos días.

Una actitud tan fea no podía quedar impune y, en los meses siguientes, esta señora no pudo llenar su termo con el agua caliente de la boletería porque los boleteros de la estación se habían puesto de acuerdo en no darle bola, ni siquiera le hablaban.

Es que esta mujer criticaba una huelga muy importante, muy sentida por nosotros. El servicio estuvo parado ochenta horas. Fue la medida gremial más larga y cada día eran más los compañeros que la apoyaban, que participaban en ella y que dormían en el Subte.

Y a esa huelga la ganamos, se reincorporó a los despedidos, no pusieron máquinas y hubo seis horas para todos en Metrovías.

Ahora, Claudia Salud dice que esa fue “la vivencia que más me ha marcado... Después de soportar nueve años con jornadas de ocho horas, respirando grafito por la nariz y por la piel, de sentir desesperación por un rato de sol y de aire libre, de ese aturdimiento que con el paso del tiempo te iba quitando las ganas de escuchar las voces de los chicos o la música; después de tantos años de todo eso, luchar para trabajar menos horas se convirtió en una de las causas más deseadas... Esos días previos, ¡estábamos dispuestos a hacer lo que sea con tal de ganar las seis horas!

Y después, el desarrollo de la huelga fue increíble, compartir durante días y noches la estadía en el lugar de trabajo... el lugar donde durante años habíamos acudido a desempeñar una función repetitiva para ganarnos la vida, obligados por la necesidad de un sueldo. Y de repente estar reunidos allí, voluntariamente, para otros fines, aquellos que nosotros nos habíamos fijado, estar allí día y noche inventando lo que haríamos, creando las actividades a realizar, dándonos una organización en la que no había jefes, todos éramos pares, respondiendo juntos ante cada situación inesperada, intercambiando ideas y opiniones: *¿hacemos un fondo de huelga?*, *¿organizamos un festival?*, *hay que hacer tal cosa*, *¿quién va?*, *hay que hacer tal otra...* Fue increíble ver cómo creció la solidaridad, el compa-

ñerismo, fue emocionante ver cómo fue creciendo en todos lo mejor de cada uno durante esos días... Fue como una revancha de la vida, después de tantas humillaciones de tener que obedecer órdenes arbitrarias bajo amenaza de la sanción... Estar allí, sin que nadie te esté dando órdenes, fue una experiencia de libertad compartida que todavía perdura. Ahora, a la distancia, muchas veces decimos que no hay compañerismo... A mí me gusta creer que la experiencia de esa huelga provocó un cambio en todos y que no nos damos cuenta del compañerismo que todavía tenemos... no nos damos cuenta de cuánto cambiamos... O tal vez lo que nos pasa es que añoramos aquel momento como el verdadero compañerismo."

### **La democracia en el lugar de trabajo**

Hay muchos cuestionamientos en relación a la democracia obrera. Y uno siempre vuelve a lo mismo: ¿qué es la democracia?

Que la mayoría participe y decida, es el ideal. Pero ¿puede esto suceder todo el tiempo?

Si no es permanente, si no existe la democracia pura, nos queda la democracia posible, que depende del grado de organización y de otras circunstancias: durante una huelga, por ejemplo, puede ser más fácil de llevar a la práctica y más necesario, que en una situación donde no hay conflicto.

Para Etcheto, "si uno la toma como consigna, se equivoca; me parece que uno tiene que hacer una discusión más profunda y ver las condiciones y cómo intentar, en todo caso, tener las condiciones para poder ejercitar esa democracia obrera, que no vaya en contra de los mismos intereses de los trabajadores.

Yo me acuerdo cuando Morales hace votar la pelea de los cuatro días. Creo que fuimos cuarenta o cincuenta los que votamos, salimos a pelear con esto, y Antonio, creo que correctamente, desconoció la democracia obrera, y llevó adelante la medida... cincuenta, de un total de ochenta, noventa. Afortunadamente, Antonio no se guió por la consigna y tomó la decisión política de ir adelante con lo que teníamos, después se sumó el resto. Lo que te digo que pasa en muchos de los conflictos: gente que estaba en contra y después se quedó acá internada los cuatro días."

Al año siguiente, volveríamos a ser noticia por el conflicto salarial que mantuvimos con la empresa durante meses y que, finalmente, ganamos en febrero de 2005, cuando conseguimos el 44% de aumento. Muy superior al 19% que sugería el gobierno. En esos días, Beto Pianelli decía que "Al comenzar el reclamo, dijimos que queríamos colocar un piso a las futuras discusiones salariales. Entendemos que lo que estuvo en debate fue si los trabajadores teníamos derecho a cobrar salarios dignos, que nos permitieran el acceso a la educación y a la cultura."

Y en un reportaje del diario *Página 12*, se puede leer a Beto diciendo que "nuestra virtud fue que en medio de las críticas de los sectores más atrasados no retrocedimos. Dijimos: no tenemos nada que ocultar, tenemos sueldos de más de mil pesos... Ganamos lo que ganamos y queremos ganar más. Queremos que todo el mundo gane mejor porque queremos una vida diferente".

### **Beto Pianelli**

¿Cómo describir a Beto y su habilidad para ver la dinámica de las cosas? Es más que un simple líder, Beto es el dirigente gre-

mial con más incidencia en el Subte de estos años. Ya sea actuando en forma directa o haciendo lo que hace mejor: convencer a otros, repartir tareas.

Como un mago, es capaz de sacar la mejor táctica gremial de la galera... Como un mago, guarda siempre una carta en la manga y no importa si es un cuatro de copas.

Beto siempre supo que se puede ganar, tuvo suerte y no tuvo miedo en los momentos clave que cambiaron la historia del Subte.

### **Efecto dominó**

Como decía al principio, Metrovías había alterado el mapa laboral. El grueso de los trabajadores, afectados a las áreas operativas, fue contratado en forma directa por la empresa, pero hubo sectores de trabajo, como la Limpieza y el Control de evaluación, que no.

Para estas tareas se iba a aplicar una modalidad en auge en la década de los 90: la subcontratación o tercerización. Metrovías contrataba a varias empresas que prestaban servicios, y esta práctica le daba una serie de ventajas que veremos más adelante, cuando los mismos trabajadores se encarguen de denunciar el fraude laboral.

Fue después de la huelga de cuatro días, cuando en Metrovías se consiguió la reducción de la jornada laboral para el personal de base encuadrado en el gremio de UTA... un beneficio que no alcanzaba a los peones de limpieza de la empresa Taym, porque, en esos años, a estos trabajadores los representaba otro sindicato, el de Maestranza.



Estamos en el año 2004 y de Taym dependen los doscientos empleados tercerizados que limpian el subterráneo. La mayoría de ellos trabaja de noche, repartidos en las noventa y cuatro estaciones de la red. El *nochero* es el que tiene la llave que cierra los accesos al final del día y los abre a la mañana, es algo así como un sereno que limpia.

De todos los que trabajan en el Subte, el peón de limpieza es el que lo hace más horas y por menos plata. No están organizados sindicalmente y no tienen delegados de base que los defiendan.

En abril, sus compañeros de Metrovías van a la huelga y toman las instalaciones y ellos los ven que se quedan a dormir, comparten esas tres noches, mientras limpian... y a ese triunfo lo viven muy de cerca.

En julio empieza a regir la jornada de seis horas, pero no para todos: los peones siguen trabajando entre ocho y once horas por día. Esta situación no va a durar mucho. Y unos diez años después de la privatización, se empiezan a organizar para reclamar el encuadramiento gremial en UTA.

Les sobran las razones. Si el Convenio dice que abarca a todos "los trabajadores que desarrollan tareas en el subterráneo", a ellos también los incluye. Incorporarse al Convenio Colectivo de UTA significa para ellos la reducción de la jornada y el triple de sueldo.

Empiezan algunos a hablar con los delegados de Metrovías. Se comenta entre unos pocos, en voz baja. La idea es ir sumando compañeros; el riesgo es que el secreto se vuelva rumor y se entere la empresa.

En eso pasaron los meses y el 23 de diciembre nos enteramos de los cinco despidos. Nos llaman los de Taym. Nos juntamos unos cuantos en la estación Callao. El primero que llega es el "Perro" Sandoval, que lo acaban de despedir, y dice que "echaron a los cinco cabecillas".

Somos pocos pero estamos convencidos. Tenemos que hacer una medida de fuerza, hay que parar. Confiamos en que vamos a convencer a la mayoría.

La noche del 24 de diciembre de 2004, los trabajadores de limpieza del subterráneo hacen huelga por primera vez para pedir por la reincorporación de sus compañeros. Los dirige el Cuerpo de Delegados, que es de otro gremio, pero no importa. Nadie limpia y el conflicto se extiende. Esa Navidad el Subte amanece sucio.

El reclamo de los tercerizados puede resumirse en una frase: un solo Subte, el mismo Convenio. Esto iba a dejar al descubierto la trampa de la subcontratación.

Una empresa concesionaria, como Metrovías, crea pequeñas empresas a nombre de terceros; pero en verdad todas pertenecen al mismo Grupo Roggio. La contratación de estas empresas "fantasmas" le permite obtener beneficios económicos.

Una manera legal de cometer la triple estafa: por un lado, al fisco, porque al ser pequeñas empresas, obtenían ventajas tributarias. Por el otro, al Estado nacional, que pagaba los sueldos inflados del personal, a través de subsidios: la empresa contratista facturaba \$2.400 por cada empleado. Y a los empleados, finalmente, porque cobraban apenas \$600 a cambio de jornadas extenuantes de trabajo, que podían llegar a las dieciséis horas diarias.

Luego de varios meses de discusiones, el 1º de marzo de 2005, los trabajadores de limpieza de Taym lograron ser incorporados al Convenio Colectivo de UTA, el mismo que regía para los trabajadores de Metrovías. Esto significaba que les correspondía la jornada de seis horas y un sueldo muy superior al que tenían.

Era el principio del fin de la tercerización en el Subte, porque en los años siguientes, compañeros de otras empresas, como los de Evasión y los de Seguridad, harían lo mismo.

Algunos dirán que es porque Dios trabaja en el subterráneo, pero a mí me gusta creer que los conflictos gremiales que se ganan, contagian a otros.

Estas y otras cuestiones fueron aumentando en la población la fama de los trabajadores del Subte.

Y esta historia continúa...



*En los recuerdos.*



Camilo Acosta Fotografía





## Apéndice *de los recuerdos*

### ***De Beto Pianelli:***

Estuvimos del año 94 al 97 con los despidos como tema central. Y estábamos en un momento político donde lo privado era aplaudido. La gran mayoría de los que entraban a trabajar eran jóvenes de dieciocho, veinte años, que estaban creídos del discurso imperante, que iban a llegar a ser gerentes de la empresa. Limpiaban letrinas y creían que iban a llegar a gerentes. Eso eran las posibilidades de las privadas, era la locura de los 90.

Primero nos insertamos socialmente y buscamos tratar de organizarnos, lo que hace cualquiera en medio de una derrota: el partido de fútbol, juntarnos a comer el día de cobro, mucho casamiento, mucho bautismo y dábamos vuelta alrededor de eso. Y empezamos a hablar de lo que no se hablaba.

A partir de allí empezamos a formar grupos de compañeros donde se hablaba del tema de los despidos; uno no sabía cuánto tiempo se iba a quedar trabajando. Se conformaron las primeras agrupaciones; en realidad, hubo dos agrupaciones importantes, una en los talleres y otra en las boleterías. Decíamos lo mismo pero ni nos conocíamos.

Eso se empezó a plasmar en hacer un boletín, en escribir. En repartir volantes con compañeros de afuera, trabajo ultra clan-

destino, nadie podía asomar, al que sacaba la cabeza lo echaban. Así hasta el año 97.

### ***De Flavio Baigorria:***

Lo del paro del 28 de mayo del 97 creo que no me lo voy a olvidar jamás. Mirá que pasa el tiempo y cada vez estoy más convencido: los dos paros contra los despidos fueron la madre de todas las batallas. Si ahí hubiéramos perdido, creo que no hubiera pasado todo lo que vino después. Estoy seguro que sin ganar la pelea contra los despidos no hubiéramos podido dar todas las peleas que dimos después, especialmente la pelea gloriosa con la que recuperamos las 6 horas.

Yo recuerdo que en el año 97, además de trabajar jornada reducida en el subte, tenía otro laburo en el que entraba al mediodía y en el que, básicamente, me dedicaba a hacer trámites en la calle.

Ese 28 de mayo llegué a la oficina a las doce, que era mi horario de entrada. Agarré los papeles que me dio mi jefe para hacer los trámites, y me fui corriendo por la calle Pueyrredón hasta la estación Miserere, con un nudo en la garganta, en el estómago y en el culo. La pregunta que me torturaba era: "¿habrá podido Virginia parar la línea?". Bajé corriendo las escaleras y casi me caigo cuando bajaba al andén. Me asomé a la estación, vi un tren parado, escuché el audio diciendo que la línea estaba interrumpida y me puse a llorar como un chico.

Ese paro era el resultado directo de nuestra actividad como militantes buscando organizar de la forma más clandestina posi-



ble al activismo de la boletería. Era la puesta en práctica del programa, de los objetivos comunes, con el que organizamos *El Túnel*. Era el resultado del esfuerzo colectivo de los militantes que habíamos sido capaces de montar y poner en marcha una red de activistas, por ahora sólo en las boleterías. Y era también la respuesta concreta que pudimos dar para conquistar la estabilidad laboral que nunca había garantizado la burocracia sindical del gremio.

A partir de ese paro, en la empresa se terminaron los despidos arbitrarios que eran moneda corriente desde la privatización. Hoy, con orgullo podemos decir: nosotros lo hicimos. Cambiamos la historia y acercamos el escenario para las peleas futuras, las que ya fueron dadas como las que se vienen.

### ***Del Tano Gervasi:***

Una vez tuvimos una discusión con Beto, en el andén. Estábamos a los gritos y yo le decía: *Gordo, la gente no reconoce una mierda*. Y me dice: *¿Qué querés que haga la gente? ¿Querés que te hagan un monumento en Avenida de Mayo, boludo?*, decía a los gritos... estaba lleno de pasajeros. *¿Querés que te hagan una estatua?* Y todos se empezaron a dar vuelta, y yo le decía: *No, boludo, quiero que le pongan mi nombre a una estación... que en vez de Avenida de Mayo, se llame Leonardo Gervasi, y la Línea E...* (Digo, atento a los cargos) *que la Línea E, se llame Roberto Pianelli*.

Toda la línea quería que se llame Roberto Pianelli, digo, porque hay que mantener las proporciones.

***De Karina Nicoletta:***

Me parece que en el Subte hay un alto grado de politización, no lo podría generalizar, pero de conjunto, veo que se ha evolucionado bastante en el discurso político, las peleas han sido políticas.

Creo que hay un cierto temor a plantear las cosas en un marco denominado político. Vos le hablás a muchos compañeros y quizás cuando le estás planteando que lo que estamos dando son discusiones políticas, hay cierto temor, asusta. Vinculan lo político a lo partidario, al aparato, porque me parece que no se comprende, en definitiva, lo que significa hacer política, dónde estás parado. Todos tenemos una política, la empresa tiene una política...

Creo que ha habido años muy duros en los cuales justamente se ha promovido el no hacer política, que es una mala palabra, meterte en lo que no te tenés que meter. Además, obviamente la política en algún momento fue utilizada de las peores maneras, con la burocracia a la cabeza, cuando en los sectores sindicales se iba por otros caminos; la política terminó siendo bastardeada.

***De Jorge "el Facha" Méndez:***

El compañero "Chucho" Castillo trabajaba en el taller Medalla Milagrosa y había sufrido un accidente cerebro vascular y, como secuela de ello, parte de su cuerpo había quedado paralizada.

Empecé a interiorizarme sobre la situación del compañero y traté de difundirlo al resto de los compañeros de Instalaciones Fijas.

Finalmente, en septiembre de 2002, llegan las elecciones y entre idas y vueltas decido presentarme. Una vez electo, me aboqué de lleno a la resolución de este problema, ya que para esa fecha el compañero llevaba seis meses en reserva de puesto, sin cobrar el sueldo.

El compañero estaba pasando por momentos difíciles, ya que los días pasaban y a pesar de que su médico personal le decía que podía volver a trabajar “con tareas especiales”, el servicio médico de la empresa le negaba el alta.

El primer plenario de delegados desarrollado en la UTA después de mucho tiempo, fue en noviembre. Ahí expongo el tema y Ricardo Guarachi, miembro del Consejo Directivo, me pregunta si el compañero estaba afiliado al sindicato y a la obra social. Le respondo que al sindicato sí, pero que estaba en una prepaga. Entonces me dice: “Mirá, Méndez, está jodido...” ¿No se podía hacer nada porque el compañero no estaba afiliado a la obra social del sindicato? Estaba visto de que ellos nada iban a hacer por Castillo.

Llegamos a diciembre y ya me entraba a desesperar, ya que en marzo se vencían los plazos legales y el compañero podía quedar en la calle. Entonces hice unos carteles que decían en letra grande METROVIAS DISCRIMINA. Después organicé una campaña para recaudar dinero para que Castillo pasara las fiestas dignamente, incluso me entrevisté con el supervisor de él, que aceptó hacer una campaña por correo interno de la empresa.

Ya casi en la cercanía de Navidad, como es costumbre todos los años, la gerencia de Mantenimiento hace el tradicional brindis con todo el plantel, particularmente la gente de mi sector, el

Taller Catedral, nunca iba y ante el pedido de mi jefe de que intercediera para que los compañeros asistan, se me ocurrió que esta vez teníamos que ir y lo invité a Castillo, que no tenía muchas ganas, pero lo convencí, a él y a mis compañeros del sector para que me acompañaran.

Casi nadie sabía lo que iba a hacer. Llegó el día que tanto esperaba y que tanto me desvelaba; incluso los días previos no podía casi dormir: entramos en el taller donde se desarrollaba el brindis con Chucho, los compañeros contentos de verlo, hicimos sociales hasta que pide la palabra el gerente de Mantenimiento, que estaba de pie junto al resto de la jefatura, hace el brindis de rigor y cuando termina, pido la palabra. El gerente me mira, era la primera vez que nos veíamos; yo tenía un cagazo padre pero estaba muy seguro de lo que iba a hacer. Esto fue lo que dije: "Primero quiero pedir un deseo y es que el año que viene conservemos nuestros puestos de trabajo, que es lo más sagrado que tiene un trabajador, y segundo, un deseo que, en realidad, no es solo mío, es de todos los compañeros de Instalaciones Fijas: que al compañero Castillo le devuelvan su puesto de trabajo."

Los compañeros irrumpieron en un aplauso, Castillo se puso a llorar de la emoción. Ni bien terminé de hablar, tomé la gaseosa, saludé a cada uno de los compañeros, supervisores y jefes y me retiré, con la satisfacción de lo hecho. Antes de salir le di un fuerte abrazo a Castillo, que seguía emocionado.

Finalmente al compañero lo reincorporaron en febrero, respetándole las mismas condiciones laborales.

Fueron tantas las cosas que se hicieron por Castillo pero, con el tiempo, me di cuenta que ese día fue determinante. Incluso

mucho después, en una oportunidad, me crucé de nuevo al gerente y me dijo: “Ah, usted, el del brindis...”

### ***De Fabián Díaz:***

Una anécdota, después del conflicto de cuatro días que fue pesadísimo... Habíamos ganado todo, nos quedamos con Beto al final. Beto había venido del Ministerio, había dado un discurso, viste que al gordo le gusta la demagogia: se subió a la escalera. Y bueno, ya se habían ido todos y nos fuimos con el gordo.

Habíamos ganado... El tema es que salimos de ahí y no teníamos un mango, y tuvimos que juntar las moneditas para poder tomarnos un colectivo, para poder volver cada uno a su casa. Entonces, veníamos hablando con el gordo, veníamos comentando el conflicto, el gordo contaba las discusiones en el Ministerio... *Viste, lo loco de esto es que nosotros tuvimos parado Buenos Aires por cuatro días y seguimos sin un peso en el bolsillo.*

Entonces, esas cosas creo que son válidas... Encima eran como las doce de la noche y, para tomar el 132, juntamos todas las monedas que teníamos.

### ***De Virginia Bouvet:***

Esteban Abraham era boletero y musulmán, le decíamos el Turco. Cuando empecé como delegada, recorrí las boleterías para presentarme, para ir charlando con cada uno y decirles que podían contar conmigo cuando tuvieran un problema... y paso por la del Turco y no me olvido más... El tipo, que era un pibe de mi edad, me dice: *Discúlpeme, Bouvet, no tengo nada*

*contra usted, pero usted es mujer, y cuando yo tenga un problema, me voy a dirigir a alguno de mis tres delegados hombres. ¡Me mató!*

Un año después, a ese compañero la empresa lo iba a despedir, y yo quería parar para reincorporarlo y se lo propuse a todo el mundo, a diferencia de mis tres compañeros hombres, que no lo quisieron defender.

Una tarde lo llamo a la casa para ver cómo andaba, por lo del despido, y me dice que ya estaba resignado, y que *mañana, voy a ir a saludar a los seis o siete compañeros que, para mí, valen la pena... ¿me acompañás?*, me dijo y fue tanta la emoción, que me mató otra vez: el mismo Turco que, de entrada, me había despreciado, terminó recorriendo conmigo las boleterías, para despedirse de sus amigos.

### ***De Pablo Ortega:***

¿Los *top five* para ir al cielo? Y bueno, principalmente por protagonismo, voy a mencionar a gente del Cuerpo de Delegados y gente muy cercana a mí, y me van a quedar algunos muchos en el tintero. Los *top five*, bueno: Charly, Beto, puedo mencionar Virginia en su momento, ya que la tenemos haciendo esta tarea de justicia mediante la narrativa. Obviamente a Fernanda, que fue el golpe de conciencia muy grande, porque pensaban que iban a poder con una mujer y fue al revés. Y podría mencionar a Claudio Delle Carbonara, que le dieron para que tenga, mal.

Para el cielo, hay muchos compañeros más. Yo puedo mencionar a Néstor Etcheto, también de la D, que es para recalcar que

también lo hicieron pulular, lo bajaron de categoría, lo llevaron de guarda a boletero. Pero con él no podían porque donde iba armaba despelote; o sea, armaba conciencia, no armaba despelote, porque paraba a la gente. Eh... a El Chato, a Manuel.

Y el cielo, por suerte, el camino para el cielo es bastante grande, por suerte. Hay unos cuantos.

### ***De Manuel Compañez:***

Cuando yo empecé a ser delegado, hacer una asamblea era mala palabra. Era cosa de zurdo, de tipo raro que quiere conseguir algo y por eso te mete a vos en una asamblea.

La mejor forma de que fracasara una asamblea era decir: "bueno, vamos a hacer una asamblea". Entonces nosotros lo que decíamos era: "vamos a hacer una reunión, así le comentamos lo que se viene discutiendo".

Después los compañeros fueron entendiendo, a partir de los años, lo que son las asambleas y la importancia de las asambleas y de que ellos mismos participen y estén en discusiones para tomar resoluciones, ¿no?

### ***Del Tano Gervasi:***

El ministro Tomada aparecía con su cara de perro cuando estaba todo cocinado. Una anécdota simpática fue la del salario en el 2004: estábamos reunidos en el Ministerio, a los delegados nos habían dejado como cuatro horas solos y nos llamaban los compañeros diciendo que estaban por reprimir, una guerra psicológica que hicieron dejándonos cuatro horas solos en un cuartito.

Bueno, después que se empieza a negociar el aumento, que el funcionario iba, venía, iba, venía, "No, 150, 200, 250", así, bueno, cuando se define lo de 350 (que Charly inclusive dice, a mí me dice: "Te lo van a rechazar esto.", "Lo van a aceptar.", le decía yo, "Te lo van a rechazar"... ) bueno, entra Tomada con el papel diciendo que la empresa aceptaba la propuesta nuestra, y esto fue impresionante, dice: "Bueno, muchachos, lo firmamos ahora..." Y le dijimos "No, se lo tenemos que consultar a la base"... Y Tomada se puso loco: "¡Déjense de hinchar las pelotas, ustedes son dirigentes o qué carajo son, ¿no representan a la gente?!" En eso aparece la secretaria en la puerta diciendo: "Señor ministro, el Presidente lo llama por teléfono"... Yo creo que eso fue a propósito para meternos miedo, pero a mí me pareció muy real... Si fue mentira, el Oscar a Tomada y a la secretaria, porque ella puso una cara de pánico mientras Tomada le gritaba "¡Que te dejes de hinchar las pelotas, que estoy hablando con los delegados del Subte!"... Fue tremendo, ¡mami! Porque yo me lo imaginaba al presidente del otro lado del teléfono, viste... Y lo más loco fue que a la propuesta la rechazaron después los pibes.

### ***De Virginia Bouvet:***

Los cambios de épocas suelen expresarse en los cambios de preguntas. Durante muchos años hubo una pregunta obligada en la base, que lo resumía todo: *¿y la UTA qué dice?* Era un clásico en todas las discusiones. Y encerraba toda una definición sobre quién dirigía. Lentamente eso fue cambiando, y después del conflicto de los guardas, cada vez se escuchaba más el *¿Qué dicen las otras líneas?*, que reflejaba la pérdida de confianza en aquellos dirigentes y la valorización de las propias fuerzas. El



proyecto de ley por las seis horas y la recuperación de la insalubridad terminaron instalando una nueva... Ahora sólo se escuchaba: *¿Qué dice el Cuerpo de Delegados?*

### **De Antonio Morales:**

Me sorprendió durante un conflicto que la gente haya hecho una *vaquita* para bancarme el celular, porque en aquella época yo ganaba 780 pesos y gastaba 300 de celular.

Gente que no estaba dentro del grupo de los "40 soldados", que yo pensé que no iba a quedarse a pasar los cuatro días conmigo y se quedaron... Gente que era nueva en el sector y que haya tenido la conciencia de bancar el conflicto, diferente a un tipo que hacía años que estaba conviviendo con vos... que hayan dicho *vamos a jugarnos por esto*, y que acompañaran.

O, como decía anteriormente, el hecho de decir *las mujeres afuera porque nos van a venir a pegar*, y las pocas mujeres que había, dijeran *No, yo me quedo*.

Esas cosas a mí me sorprendieron en su momento... Por ahí las valoro ahora, en aquel momento no les das bola, pero con el tiempo, vos a algunas cosas les das más valor, y por ahí, tal vez yo, puntualmente, cuando estos compañeros están en desgracia o se mandan alguna cagada, me esfuerzo más en tratar de salvarlos a aquellos, y no a los otros que, por ahí, no pongo tanto empeño. ¿Por qué? Porque aquellos estuvieron junto conmigo, codo a codo en la pelea, y algunos otros, tal vez, estaban en la casa o paseando por algún shopping. Y no estuvieron acá, y la vieron por televisión.

**De Fabián Díaz:**

Una vez veníamos con el Negro Villa por el tema del salario, bueno, que vamos a parar, que va a ser un conflicto duro... El gordo Beto, viste, que entra en estado de paranoia: *no... que esto, que lo otro, hay que hacer, hay que juntar, hay que decirle a los compañeros, hay que conseguir limones...* Entonces nos mirábamos con el Negro... ¿Limones?... *Sí, para el gas lacrimógeno, porque esto y lo otro,* decía Beto.

Y veníamos con el Negro Villa, del Bauen hasta la estación Acoyte y de ahí, nos íbamos por José María Moreno... Entonces nos íbamos cagando de risa... *Limones,* decía el Negro... *¿te imaginás: cada conductor con su linterna, la llave y... dos limones?...* Entonces, el Negro decía: *vamos a la verdulería y le decimos al verdulero: che, dame dos kilos de limones...*

*Y el verdulero: ¿Qué tenés, una ensalada? -No, tengo un paro.*

Me he reído tanto con ese Negro.

**De Néstor Etcheto:**

Antes del conflicto, es probable que te des cuenta de que Fulano o Mengano está votando "Sí a la huelga" para no quedar mal, para no quedar como un cagón.

Una vez que se desató el conflicto, ahí las votaciones se vuelven más reales, aun cuando sean a mano alzada. Ahí creo que adquieren un nivel de realidad... Ahí el que votaba *vamos a la huelga* para no quedar mal con sus compañeros, en medio del conflicto, con la cana arriba, si realmente vota la huelga es porque está convencido.

Es más, me han tocado casos de compañeros que se animaron, porque tienen agallas, a votar en contra de una determinada lucha. Y cuando se desató la lucha, yo recuerdo el caso de un compañero, que yo lo tuve que ir a frenar, agarrándolo, porque el tipo estaba juntando piedras de la vía, para sacar a cascotazos a un comisario que nos vino a desalojar... y él había votado en contra de la medida.

O sea, es riquísima la experiencia, en el sentido de que uno no puede guiarse por los blancos y negros, que hay grises, que hay matices, que la vereda es tan dinámica que, hoy, el que estaba en contra de determinadas cosas, después, puede ser el tipo que esté dispuesto a dar su vida por el conjunto. Que está tomando una medida de acción directa...

Yo creo que en ese sentido es una experiencia riquísima la que nos tocó en los últimos años.





## Al final

B. P.

Estoy seguro de que volveríamos a hacer todo de nuevo, casi al pie de la letra, más allá de algunas pequeñas modificaciones posibles pero no sustanciales, más allá de peleas y malhumores de circunstancias.

Lo más difícil nos pasó en aquellos comienzos, cuando vivíamos con sueldos de dos pesos, todos amontonados en departamentitos de alquiler entre varios, sin posibilidad de algún progreso individual mínimo, de ascensos ni hablar, condenados sin piedad por la Empresa y la época de empresas todas iguales y menemistas.

Por nuestra actitud ante la privatización y la entrega de los convenios que nos arrollaba de nuevitos, cuando apenas entrábamos a trabajar, éramos condenados a los peores trabajos y los peores horarios, los francos rotativos y el maltrato. Todo nos apretaba para que sintiéramos la asfixia patronal.

Nuestra actitud ante el bien colectivo no tenía lugar en la Metrovías de Roggio y en el país. Íbamos a contramano de la historia. En la década del *sálvese quien pueda* y la *salida individual*, nosotros recuperamos la idea de Salinas en Cazadores de Utopías “quiero estar bien y que el de al lado, también”.

En un país con millones de desocupados, en la época donde todos rogaban tener trabajo o extender la jornada con horas

extras por un mango más, nosotros construimos una conciencia de que el objetivo de la vida no consiste en embrutecerse trabajando, si no que debe permitirnos estar con la pareja, los hijos, atender a nuestros mayores, desarrollarnos como individuos y elegir libremente sobre el uso del tiempo de nuestro descanso.

Esto fue forjando espíritu de cuerpo, una identidad del subte. A la vez un raro orgullo se iba consolidando. Ganábamos poco, nos trataban mal, pero empezábamos a creer en el futuro, teníamos la utopía de que podíamos cambiar las cosas, la vida.

El problema no era “si sigue o no sigue el paro” como preguntaban los medios en las conferencias de prensa. Lo trascendente era los objetivos que perseguíamos y que comenzaban a ser realizados. Empezaba el invicto orgullo, el freno total de los despidos, la viabilidad del cambio recuperando calidad de vida.

Después del tiempo del relato de Virginia pasó alguna agua bajo el puente.

Es razonable y entendible que el reposo del guerrero para disfrutar del terreno ganado sea una tendencia lógica de la lucha. Creer que todo es pum para arriba es una utopía reaccionaria que amenaza con retornarnos al comienzo del recorrido, desconociendo lo ganado. Es una desconsiderada e infantil conciencia que faltaría a nuestras humanas necesidades. No son posibles construcciones lineales, no es viable la pelea eterna y permanente, no hemos podido exigirnos porque somos personas, no dioses ni autómatas. De la mejora de nuestras condiciones de vida no vamos a ir directo a resolver el conjunto de nuestros intereses históricos colectivos.

Marchas y contramarchas servirán para tomar nuevas fuerzas y recapacitar sobre lo actuado, intentar nuevas búsquedas y avanzar hacia mejores horizontes. De esa manera esperamos irnos acercando a consolidar una conciencia de clase permanente. Desde esa conciencia encontraremos la confianza necesaria para retomar el camino hacia un verdadero cambio social sin explotadores ni explotados.

Se ha dicho que un fantasma recorrió el mundo, que por entonces era Europa. Un fantasma recorre el subte. Ese fantasma se alimenta de nuestra simpatía. Camina junto a Giussepe y Leonardo, los misteriosos fantasmas de los obreros tanos que la construcción de los túneles por los ingleses dejara bajo los escombros de la Línea A.

Para aquellos fantasmas no hay justicia todavía. Esperamos haber colaborado durante el juicio histórico con las pruebas de cargo sobre la responsabilidad de las patronales de antes y de ahora en aquellas muertes y estas penurias, las de la clase trabajadora argentina.

Esperamos seguir llevando con orgullo las banderas de nuestra reivindicación de justicia, de derechos incumplidos y de necesidades insatisfechas por el género humano. Humildemente lo haremos en nombre de ellos y de tantos otros trabajadores desaparecidos, sancionados, perseguidos, humillados y muertos durante el genocidio laboral llevado a cabo por quienes se apropiaron de la ganancia.

Solo así esos fantasmas tendrán descanso en su largo e imaginario recorrido vaya a saber hacia qué destinos, si los hay.







---

## Índice

	<i>Prólogo</i> .....	11
UNO	<i>Sí</i> .....	17
DOS	<i>No</i> .....	29
TRES	<i>Cosecharás tu siembra</i> .....	57
CUATRO	<i>La democracia posible</i> .....	79
	<i>Apéndice de los recuerdos</i> .....	109
	<i>Al final</i> .....	123



Esta segunda edición de 1.000 ejemplares  
se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2008  
en Cooperativa Chilavert Artes Gráficas  
(Imprenta recuperada y gestionada por sus trabajadores)  
Chilavert 1136 (C1437HBD) - (011) 4924-7676  
chilavertartesgraficas@argentina.com  
Buenos Aires, República Argentina





VIRGINIA BOUVET

Ingresó como boletera a Metrovías en diciembre de 1993. Fue delegada gremial durante dos períodos y miembro de la Comisión de mujeres. Actualmente forma parte de la Comisión de prensa y difusión del Cuerpo de delegados del subterráneo.



## Un fantasma recorre el subte

CRÓNICA DE LA LUCHA DE LOS TRABAJADORES DE METROVÍAS

Este libro narra, con la voz, las acciones, la pasión y la conciencia de sus protagonistas, las luchas libradas por los trabajadores del Subte contra los despidos, por conseguir y consolidar un Cuerpo de delegados representativo y democrático, por condiciones más dignas de trabajo para todos. Es la crónica de los compañeros que se han convertido en la vidriera de los trabajadores argentinos, un punto de referencia para nuestra clase. Una historia que no ha concluido, sino que sigue.

SEGUNDA EDICIÓN



CUERPO DE DELEGADOS DEL SUBTERRÁNEO